

PETER KAPRA

LOS TROGLODITAS



PETER KAPRA

LOS TROGLODITAS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: C. PRUNÉS

Depósito legal: B. 981 – 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

No existe una posibilidad entre mil de que el hombre descienda del mono.

(Johannes Hürzeler, Antropólogo)

CAPÍTULO PRIMERO

En aquel tiempo…

Kania recordaba diez o doce primaveras. Su madre había muerto cuando la tierra tembló y la gruta se desplomó, sepultándola, junto con las demás mujeres.

Ella pudo salir corriendo. Lo había dicho Ug, el patriarca.

—Cuando el suelo tiemble, debéis buscar los espacios abiertos. Si tiembla el cielo, la cueva será vuestro mejor refugio.

Había otros azotes. El fuego era muy peligroso. El agua, también.

Luego estaban los grandes animales terrestres y alados. Kania estuvo a punto de morir una vez, aplastada por las garras de uno de aquellos monstruos, a cuyo paso parecía estremecerse la tierra. Los gigantescos árboles caían derribados como si fuesen frágiles cañas. El rugido de las bestias era horrible.

Sólo el fuego les alentaba y confortaba en la noche, les inspiraba confianza y tranquilidad.

Kania y sus hermanos de tribu se reunían en torno al pequeño fuego. Baak y los otros traían leña seca, que amontonaban en el interior de la caverna. Cuando volvían de la caza, arrastraban piezas de gran peso, cuya carne era buena y alimenticia.

Ug llevaba siempre consigo, colgado de su cinto, una bolsa de piel con el polvo blanco que servía para sazonar los alimentos.

El mundo de Kania era muy reducido: la gruta, el claro o calvero, entre los troncos afilados, que servían de empalizada, y el sendero hasta el río de aguas limpias, frescas y transparentes. Pero el agua era, a veces, otro azote, cuando su nivel empezaba a subir de modo alarmante. Kania recordaba, siendo niña, cuando el agua bajaba impetuosa, sucia de tierra, arrastrando grandes troncos, cuerpos de animales hinchados, rocas, malezas… ¡y seres humanos!

Para Kania, un ser humano era únicamente un miembro de la tribu de Ug, de la que ella formaba parte. Los demás, aunque vistieran con pieles, llevasen lanzas, azagayas o hachas de piedra, eran animales. Así lo decía el patriarca, Ug.

¿Quién era Ug?

¡Ah, Kania había aprendido, desde que dio sus primeros pasos, a no enojar a Ug! ¡Era el patriarca, el amo, el jefe, el más viejo!

Había oído decir a su madre que todos ellos eran hijos de Ug. Y debía de ser cierto. Todos le llamaban padre.

»—Si él te llama a su tálamo —le había dicho su madre—, debes obedecerle. Ug es el que da la vida. Todo se lo debemos a él.

Y Kania estaba segura de que sin Ug, ella no sería una muchachita delgada, de ojos grandes y chispeantes, piel suave y tersa, cabellos largos y negros, manos finas y piernas largas y ágiles.

Kania tenía un cuerpo, una cabeza, dos brazos y dos piernas. Además, tenía una nariz que le hacía mucha gracia tocarse. Se la había visto muchas veces, en las aguas mansas, donde su rostro se reflejaba.

Allí iba con frecuencia Kania, con las mujeres. Llevaban odres para traer agua. Los hombres, con sus lanzas estaban siempre cerca y las miraban, pero ninguno se atrevía a tocarlas.

El único que podía acariciar a las núbiles era Ug. Luego, si no gestaban, el patriarca se las cedía a sus hijos, los mejores cazadores de la tribu.

Uno de éstos era Baak, primo de Kania, cuyo torso casi siempre desnudo, estaba cubierto de cicatrices.

Baak era un valiente cazador y se decía que, cuando muriese Ug, él ocuparía el asiento de piedra del patriarca. Y Kania anhelaba que Baak fuese el jefe, pero no quería que Ug se muriera, porque había oído decir que, si esto sucedía, una gran desgracia les afectaría a todos.

Y Kania no quería causar daño a nadie.

Aquel día, Kania se levantó de su lecho de pieles antes de nacer la luz. Había oído voces en la gran caverna. Se levantó y, sigilosamente, fue a observar lo que ocurría.

Vio a Baak y otros, vestidos con sus pieles que preparaban sus armas. Observó que llevaban también arcos y flechas, y que éstas eran puestas cuidadosamente en bolsas de piel de «aant».

Algunos se cubrían las piernas con pieles, las cuales ataban con tiras de cuero. Otros empuñaban escudos hechos de ramas verdes de «tun», cosidas con finas lianas entrelazadas, los escudos estaban hechos con recias pieles de grandes animales, y ni las azagayas ni los venablos podían atravesarlos.

Fue la primera vez que Kania oyó mencionar la palabra fatídica: guerra.

Estuvo un rato espiando, en la sombra. Así pudo ver llegar a Ug, renqueante, viejo, cansado, barbudo, con su cabello blanco cayéndole lacio sobre los hombros.

Los hombres le saludaron con respeto.

—Los «uks» despedazan a sus enemigos y se los comen —dijo Ug

—. No podemos esperar nada bueno de ellos. Antes vivían lejos, detrás de las montañas blancas. Pero últimamente se sienten fuertes y merodean por estos bosques.

»Ellos mataron a vuestros hermanos. Ellos devoraron sus cuerpos y esparcieron sus huesos por el bosque. Quieren nuestras vidas y las tendrán, a menos que seamos capaces de defendernos y vencerlos.

—¿No podemos irnos lejos de ellos? —preguntó uno de los guerreros, que blandía una pesada hacha de piedra.

—No, Urs. Soy viejo. Siempre he sido el dueño de estos lugares. He combatido a los «uks» muchas veces y mi presencia, en sus cercanías, ha sido acogida con temor, pero ya no puedo combatirles, y ellos lo saben. Por eso se vuelven atrevidos. Pero vosotros sí podéis. Y quiero que sus cuerpos cuelguen de nuestra empalizada, para que esos caníbales sepan que las fieras de la selva destrozarán sus cuerpos a dentelladas.

Entre los guerreros más jóvenes se encontraba Xod, hijo de la misma madre de Kania. Era alto, delgado, sin pelos en la cara. La muchacha admiraba mucho a su hermano, pero nunca le había hablado. Era soberbio y anhelaba ser un gran cazador.

Fue Xod quien se acercó a Ug y dijo:

—Tus enemigos serán destruidos, Ug.

—Sed prudentes y cautos. Si yo pudiera ir con vosotros, esa tribu del otro lado del río sería aniquilada. Pero no confío mucho. Baak, vuestro jefe, me ha dicho que son muchos más que vosotros. Si podéis sorprenderlos aislados, ganaréis. Si están todos agrupados, os será difícil.

—No temas, Ug. Les venceremos.

Ug había tocado la cabeza de todos, para infundirles audacia y sabiduría. Luego, los hombres salieron de la gran cueva.

* * *

Baak se arrastró entre las malezas, empuñando firmemente la lanza, en cuya punta, atado sólidamente, el pedernal afilado aparecía manchado con sangre de muchas víctimas.

Detrás venían los otros, silenciosos como el «aant» de la selva. Las flechas y los venablos, de sílex y colmillos de «mutz», estaban dispuestas. Entre la maleza podían ver el humo de las hogueras de los «uks», donde asaban la carne de los grandes pájaros negros.

Baak, astuto y cauteloso, hizo una seña a sus compañeros, indicándoles que se detuvieran. Luego, avanzó él solo, despacio, sagazmente, con extremada cautela. Llegó a un grupo de rocas y allí se

levantó lentamente.

Entonces vio las hogueras de los «uks» y a éstos, comiendo en torno a ellas. No eran muchos. Unos veinte, en total.

Pero no comían solamente carne de gran pájaro. Baak pudo ver restos humanos junto a las hogueras. El horror le sacudió. Vio cabezas a las que habían trepanado el cráneo; miembros medio crudos, troncos y extremidades.

Evidentemente, los «uks» habían capturado la víspera algunos cazadores aislados y los habían matado. Sus despojos estaban siendo devorados ahora, antes de iniciar otra incursión.

Baak retrocedió, reunió a sus hombres en un círculo y les habló en voz muy baja:

—Son dos veces los dedos de mis manos. Por tanto, podemos con ellos. Y les atacaremos de improviso, mientras comen. A mi señal, caeremos sobre ellos, los desarmaremos y les daremos muerte. Sus cuerpos han de ser colgados de la empalizada.

Todos asintieron. Eran seis veces los dedos de las manos de Baak. Así que debían vencer al enemigo devorador de hombres y pájaros grandes y maléficos.

Se extendieron despacio, sin ruido. Parecían dispuestos al ataque del «mutz».

Xod iba cerca del valiente Baak, a quien admiraba.

En otro grupo estaban Urs, Kok y Ong, todos valientes guerreros de la tribu de Ug. En ellos confiaba Baak, sabiendo que no les defraudarían. Todos eran buenos guerreros.

Y Baak llegó al lugar donde había estado antes. Se puso en pie de nuevo y de su garganta salió el grito de ataque de la tribu de Ug.

—¡Muerte! ¡A ellos!

Los «ugs» salieron de la maleza, enarbolando sus armas.

Las flechas, lanzadas por los más jóvenes, hendieron el aire, yendo a incrustarse en los cuerpos de los «uks».

El griterío fue infernal. Los agredidos se defendieron rápidamente y trataron de alcanzar sus armas, para repeler el ataque. Pero los «ugs» apenas si les dieron tiempo; salieron de todas partes, vociferando como si en el centro del calvero estuviese el «mutz» herido y sus largos colmillos no fuesen ya un peligro.

Pese a ello, algunos «uks» se defendieron bien, luchando con sus lanzas y hachas, golpeando a diestro y siniestro y hendiendo jóvenes cabezas de los valientes hijos de Ug.

Pero no les valió de nada la feroz resistencia. Baak y sus hermanos de tribu vencieron en la contienda. Luego, los enemigos muertos, colgados de lanzas, conducidos entre dos guerreros, fueron llevados a

través de la selva.

Algunos «ugs» muertos servirían para alimentar a las fieras.

Baak venía alegre. Había vencido. Era un gran jefe.

Y de regreso a la tribu, una vez dentro del recinto protegido por la empalizada de altos troncos, cuya puerta cerraban al anochecer, las mujeres salieron a recibirles y les colgaban guirnaldas de flores silvestres que habían confeccionado durante el día.

Kania colgó una diadema al cuello de su hermano Xod.

—Gracias, Kania —dijo él, muy serio.

—¿Cómo fue la lucha? —preguntó ella tímidamente, por ser la primera vez que hablaba con el que le habían dicho que naciera de su propia madre.

—Muy feroz y sangrienta.

—¿Han muerto algunos de los nuestros?

—Muy pocos. Les sorprendimos. Además, eran menos que nosotros.

Xod, como si hubiese hablado demasiado, se apartó de la joven Kania y fue hacia donde los ensangrentados guerreros estaban rodeando al venerable Ug.

Baak contaba la proeza haciendo grandes elogios del valor de sus hermanos.

—Me hicieron caso, padre.

—Eso está bien. Pero los «uks» no perdonarán esto, Baak. Es preciso colgar cuanto antes esos cuerpos en la parte exterior de la empalizada. Si se atreven a venir, verán los cadáveres y se asustarán.

Baak y sus guerreros obedecieron. En poco tiempo, mientras el sol iba descendiendo de su cénit, los cuerpos de los «uks» muertos quedaron empalados algunos y colgados otros en la empalizada que rodeaba el claro de la selva donde Ug tenía la tribu.

Kania procuró no mirar aquellos cuerpos que los pájaros negros atacaban durante la noche. Le horrorizaba y sentía frío en su joven y frágil cuerpo.

Aquella noche, durmiendo entre las pieles de «bu», Kania echó de menos las antiguas y suaves caricias de su madre. Ella solía tranquilizarla de niña cuando las fieras rugían en la noche, buscando a su presa.

¡Y Kania pensó que la vida era triste, violenta, desagradable!

* * *

Los «uks» atacaron una mañana, en gran número, precisamente cuando los «ugs» se habían ido de caza, y en las grutas sólo quedaban

mujeres, niños, lisiados y viejos.

Kania había salido con un grupo de mujeres a buscar agua. Al regreso, siguiendo el camino del bosque, oyeron los gritos de dolor y angustia.

Se quedaron todas inmóviles, sin saber qué hacer ni qué decir. Luego, Uldia miró a Kania:

—Tienes que ir a ver lo que ocurre, Kania.

—Tengo miedo —musitó la muchacha.

—No importa. Tú eres más joven que nosotras. Tus piernas son más ligeras. Corre, entérate de lo que está sucediendo y regresa a decírnoslo.

Con el miedo metido en el alma, Kania continuó adelante. Se salió del camino y efectuó un rodeo, hasta alcanzar los árboles gigantes, a los que se podía trepar por medio de lianas.

Pensó que desde allí podría ver lo que ocurría en el interior de la empalizada de troncos.

Así lo hizo. Sus manos asieron las lianas nudosas y ásperas. Se desolló la piel, pero pudo alcanzar una gran rama. Luego, le fue más fácil trepar.

Pero no subió muy arriba. Vio la escena que tenía lugar ante la cornisa, donde estaban las grutas. ¡Y el horror agrandó sus ojos, dejándola sin respiración durante unos minutos!

Vio hordas de «uks», vestidos hasta la cintura con pieles de «aant» y «bu», blandiendo las cabezas de sus víctimas; todo aparecía cubierto de sangre. Los cuerpos yacían por doquier. Eran niños, mujeres, algunos hombres.

¡Y vio cómo entre más de una docena, sacaban a Ug de la gran caverna, arrastrándole y saltando en torno suyo! Las lanzas y las hachas le golpeaban sin consideración.

Se tapó los ojos, aterrorizada. Vio a varios «uks» perseguir a un niño que se les había escapado, hasta darle alcance, y luego golpearle con sus porras de piedra.

Ya no quiso mirar más. Pero tampoco se movió de donde se encontraba. Ni pensó en las mujeres que esperaban sus noticias, en el camino, con los odres del agua.

El miedo fue más fuerte que ella y no descendió del árbol hasta que al anochecer regresaron los cazadores y se encontraron con el poblado totalmente vacío, porque los «uks» se habían llevado los cadáveres para devorarlos.

Sólo el mutilado cuerpo de Ug yacía en el calvero, sujeto a estacas y tensos sus miembros, con el pecho abierto, de donde le habían arrancado el corazón.

Baak lloró en aquel momento.

—Esto es obra de los «uks» —dijo Urs.

—Sí —asintió Baak, muy apenado y triste.

—¿Qué piensas hacer, Baak? ¡Tú eres ahora nuestro jefe! —exclamó Xod —. ¡Guíanos hacia el campamento de los «uks», para que tomemos venganza!

Baak no contestó. Se retiró a meditar.

Mientras, las mujeres habían llegado con los odres de agua. Se habían escondido entre la maleza, esperando el regreso de Kania, pero ésta apareció mucho después.

Kok y Ong habían cerrado ya la puerta de troncos. Los gritos de Kania fueron oídos, le abrieron y la dejaron entrar.

—¿De dónde vienes?

—Me perdí… Fuimos a buscar agua… Oímos gritos y me enviaron a ver lo que ocurría. Pero me perdí.

—¡No te perdiste! —le gritó Uldia ferozmente, tratando de golpearla— ¡Huiste, dejándonos solas, sin saber lo que ocurría! ¡Eres una criatura cobarde y maldita! ¡Esos salvajes pudieron matarnos a nosotras también! ¡Deberíamos apedrearla!

Las otras mujeres la acusaban. Se había extraviado. Era cobarde. No cumplió con su deber… ¡Y por ello, Kania llevaría toda su vida el estigma en su cara!

Ni uno siquiera de los hombres movió un dedo para defender a Kania.

Y la hubiesen marcado con una piedra, si Baak no aparece en aquel momento.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué queréis marcar a Kania? —preguntó.

Uldia explicó lo ocurrido, acusando a Kania, que lloraba, de rodillas, de haberlas dejado abandonadas a su suerte.

Al fin, Baak empujó a Kania con el pie, obligándola a levantar la cabeza:

—Nadie te marcará, Kania. Yo te elijo como mujer.

CAPÍTULO II

Baak tuvo un sueño…

Vio su propio cadáver, como había visto el de Ug, destrozado y sangriento. Vio la muerte de todos sus hermanos a manos de los feroces y vengativos «uks».

Lo vio todo con tanta claridad como si hubiese ocurrido. Y sintió miedo, no por él, sino por sus hermanos, por las escasas mujeres, por el propio Ug, que le había dicho muchas veces:

—«Pasé lo que pase, alguien debe seguir viviendo, Baak. Si desapareciésemos todos, una terrible desgracia tendría lugar en este mundo. Mi padre me lo dijo, y a él se lo dijo el suyo. Nosotros hemos de vivir siempre, por encima de todo.

Baak despertó de su sueño. La muerte aún parecía estar rondando en torno a la gran gruta.

Por eso ni siquiera tocó a Kania, a la que había salvado de ser marcada a golpes de piedra. Y no lo hizo por piedad, sino porque la tribu había quedado muy diezmada.

Kania podía morir a causa de los golpes. No era muy fuerte. Y ellos necesitaban mujeres para que tuvieran hijos. La tribu debía seguir viviendo.

—Tenemos que irnos. Los «uks» nos aniquilarán totalmente —se dijo—. Son más fuertes que nosotros, más numerosos, más sanguinarios y gozan devorando a sus víctimas… ¡Los «uks» están malditos!

Aún no había despertado el sol cuando Baak hizo levantar a toda la tribu. En total quedaban unos cuarenta hombres y ocho mujeres. Eran muy pocos.

—Nos iremos, siguiendo el camino del sol —dijo, cuando todos estuvieron reunidos en torno a él.

La consternación se apoderó de todos.

—¿Porqué, Baak? —preguntó Urs.

—¿Tienes miedo a los «uks», Baak? —preguntó Urs.

—¡No! —gritó Baak, furioso—. No les tengo miedo. Pero soy el jefe de la tribu y he de decidir lo mejor para todos. Vosotros debéis obedecerme, o la maldición de Ug caerá sobre nosotros.

Ya nadie se atrevió a replicar. Respetaban demasiado al patriarca

muerto. Él había elegido a Baak como sucesor, antes de morir. Ahora, Baak era el jefe.

Se llevaron agua y sacos de piel con alimentos.

Lo dejaron todo tal y como estaba. No cerraron ni la empalizada. Ahora, las fieras de la selva podían llegar hasta las grutas e instalarse en ellas. El hombre se iba, llevándose su ajuar y sus armas.

Fue un viaje largo y penoso. Durante muchos soles caminaron a través de la selva, abriéndose paso con dificultad. Luego, bordearon una montaña y acamparon siempre poco antes de ponerse el sol.

Llevaban consigo el fuego, dentro de una piedra cóncava, que transportaban entre dos, colgando de una lanza. Los portadores del fuego sabían el terrible castigo a que serían sometidos si el fuego se extinguía totalmente. Por esto lo reavivaban con frecuencia, añadiéndole ramas y cortezas de árbol secas.

El pequeño fuego de la piedra cóncava se convertía en grandes hogueras durante la noche, cuando acampaban.

Y en todo el tiempo que duró la marcha, Baak jamás se fijó en la pequeña Kania, a la cual había elegido como mujer. Sin embargo, muchas noches, Baak se acostaba con Uldia o con las otras mujeres.

Era su deber.

Un día, mientras caminaban sobre un terrero desértico, hacia las lejanas montañas, yendo Baak siempre en cabeza, apoyado en su lanza, Kania se le acercó para ofrecerle agua.

—No, gracias, pequeña Kania —le respondió el patriarca.

—¿No tienes sed, Baak?

—El agua no calma la sed. La mitiga sólo; luego la acrecienta. El cuerpo debe habituarse a las privaciones. Es la forma de vivir muchos inviernos.

—Eres muy sabio, Baak. ¿Quién te enseñó todo eso?

—Ug, mi padre. A él se lo enseñó el suyo.

Kania no replicó. Iba mirando al jefe de reojo. Le encontraba alto, fuerte, magnífico. Era un patriarca todavía joven, con el cabello largo y negro.

Y una pregunta que le quemaba los labios desde que se inició el éxodo, afloró a su boca:

—Baak ¿por qué no me tiendo contigo sobre tus pieles?

El la miró y negó con la cabeza.

—Eres muy joven, Kania. Una niña aún.

—Soy tan alta como Uldia. Yo quiero ser una mujer como ellas. Hago el mismo trabajo que hacen ellas.

—No lo entiendes. Eres una mujer, sí; pero joven y débil. Sí yo te toco, puedo hacerte mucho daño. Esperaré, Kania. Tú también tendrás

que esperar. Cuando hayan pasado dos o tres inviernos, vendrás conmigo a mi lecho. Entonces serás como Uldia y las otras.

—¿Y por qué no ahora? Dijiste que soy una mujer.

—Ahora podrías morir, Kania. Y yo quiero que vivas.

* * *

Encontraron al hombre rubio junto a un arroyo. Le había descubierto Xod, el cual avisó a Baak.

Se cercioraron de que estaba solo. Después, Baak, Kok y Ong se dirigieron hacia el arroyo.

Al oírles, el hombre del cabello rubio se levantó precipitadamente, llevándose la mano a la cadena para extraer un cuchillo brillante.

Baak y sus compañeros se quedaron extrañados de que el hombre tuviese dos pieles en su cuerpo, de colores diferentes. Las caderas, nalgas y el bajo vientre eran de una piel oscura. El resto de su cuerpo, excepto los pies, que también eran negros, parecía moreno. Y sus ojos inteligentes y grandes, tenían las pupilas azules.

—No somos enemigos —dijo Baak—. Te hemos visto pescando y no queremos causarte daño.

El hombre rubio no se movió, aunque sus ojos examinaron a los tres hombres, a sus pieles y a sus armas.

—Venimos de muy lejos... De donde sale el sol... Buscamos un territorio para cazar y vivir en paz... Somos una pequeña tribu, que pretendemos seguir viviendo. Nuestras mujeres y hermanos están allá —Baak señaló hacia el bosque, donde se habían quedado el resto de la tribu.

Pero el hombre del cabello de sol no respondió. Sin embargo, introdujo su puñal en la vaina de donde lo había sacado. Luego, se agachó, tomó tres grandes peces plateados y se los ofreció a Baak.

De su garganta salió un sonido extraño, parecido a la voz, pero incomprensible para Baak y sus compañeros.

—¿No nos entiendes? —preguntó Ong.

—¿De qué tribu eres?

—¿Dónde están los tuyos?

—¿Estás solo?

—¿Has sido desterrado de tu tribu?

El hombre, que no tenía barba y llevaba el cabello más corto que Baak y sus hermanos, negó repetidas veces con la cabeza, hizo gestos con las manos y luego mostró a sus visitantes hasta media docena de peces que tenía entre las piedras. Sus gestos indicaron repetidamente la boca.

—¿Comer pescado? —preguntó Baak.

El otro afirmó con la cabeza.

Baak miró a Ong y Kok y luego dijo:

—Este hombre no nos quiere mal. Está solo y quiere que aceptemos su pesca.

—Puede ser un enemigo. Su gente debe encontrarse cerca. No debemos correr riesgos —dijo Ong.

—No —replicó Baak—. Este territorio no es nuestro. Hemos venido aquí desde muy lejos. Somos pocos y no debemos luchar contra nadie, ni ganarnos enemigos. Aceptaremos su comida y luego le ofreceremos la nuestra. Él puede ayudarnos.

Se decidió, pues, aceptar el ofrecimiento del hombre rubio.

Se sentaron y, con sus hachas de piedra, arrancaron las escamas del pescado. El extranjero sacó su cuchillo metálico y sorprendió a los otros, al cortar el pescado y comer sólo su carne rojiza.

Baak y los otros miraron con curiosidad el arma del extranjero.

—¿Qué es eso? —preguntó Kok.

El hombre pronunció una palabra que no tenía sentido para ninguno de los tres.

—¿Dónde lo has encontrado?

El rubio se encogió de hombros.

—¿Cómo te llamas?... Yo soy Baak... Este es Kok y éste, Ong.

Baak tuvo que repetir varias veces sus respectivos nombres, señalándose a sí mismo y a los otros, hasta que el extranjero pareció comprender y replicó:

—Yo... Vande...

—¿Y tus compañeros de tribu? ¿Dónde están tus hermanos?

Vande señaló hacia lo alto de las montañas.

—¿Viven allá arriba? —preguntó Baak.

Esta pregunta ya no fue comprendida. Vande sonrió, mostrando sus dientes blancos y perfectos. Después continuó comiendo su pescado crudo, hasta terminarlo. Entonces se levantó, fue hacia la orilla del arroyo y se echó de bruces para beber agua.

Fue en aquel momento cuando aparecieron, detrás de ellos, entre las rocas, las figuras de Xod, Urs y otros diez miembros de la tribu de Baak.

Vande, al verlos, dijo unas palabras en su lengua y los señaló con el brazo. Baak y sus hermanos se volvieron también.

—No temas, Vande. Son hermanos nuestros... ¡Podéis acercaros! —añadió Baak, gritando.

Los otros se acercaron cautelosamente, todos miraban al extranjero rubio, con curiosidad y recelo.

—No temáis —les dijo Baak—, Vande es un amigo. No habla nuestra lengua. Su tribu vive allá arriba, en las montañas. No le hagáis daño o me enojaré. Nos ha dado parte de su pesca. Nosotros hemos de darle de nuestra carne.

Vande estaba sonriendo otra vez. Los recién llegados le rodearon y hasta tocaron su piel y su cabello. El los dejó hacer, diciendo palabras que nadie comprendía, pero que no significaban ninguna amenaza.

—Yo... soy... Vande.

—¿Amigo? —preguntó Urs.

—A-mi-go —repitió el otro.

* * *

La llegada del grupo al campamento causó estupor, por la presencia del singular hombre rubio. Las mujeres, especialmente, le miraron extrañadas de los colores de su piel.

Baak explicó:

—No es de dos colores. Es que viste un taparrabos de piel de un animal raro. Sus sandalias también son de piel.

Sin embargo, eran prendas muy finas, lisas, y en nada parecidas a las pieles de los animales salvajes.

Vande también examinó a las escasas mujeres. Y, con particular atención, miró a Kania, la más joven de todas, a la que sonrió graciosamente.

También aceptó de buen grado la piedra plana, con un gran pedazo de carne caliente que le dieron, la cual troceó con su afilado cuchillo para luego comerla despacio. Bebió la leche de raíces que le ofreció Uldia, en recipiente hecho con un calabacín, y sonrió de nuevo.

El fuego le atraía también, como a los «ugs».

—¿Cómo llamar eso? —preguntó.

Era notable el interés de Vande en aprender el lenguaje casi monosilábico de los hijos de Ug. En pocas horas, su lengua se familiarizó con las preguntas más esenciales.

—Fuego —le respondió Baak, sonriendo también.

—Fu-e-go.

—Sí, exactamente. El fuego cae del cielo.

—¿Ci-e-lo?

—Sí, allá arriba —contestó Baak, señalando a las estrellas.

—Yo... ve-nir... ci-e-lo —dijo Vande.

—No, tú venir de las montañas —le desmintió Kok.

Vande sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, yo venir cielo —repitió.

Baak y sus compañeros no le entendieron. No podían comprender que un hombre pudiera vivir en el cielo. Allá arriba no había nada, excepto el trueno, el rayo y la lluvia. Ningún ser podía vivir en la nada. Las flechas que lanzaban al aire volvían a caer a tierra.

—Si quieres, puedes quedarte a dormir con nosotros, Vande. Pero, si lo prefieres, puedes regresar con tu tribu.

Por toda respuesta, Vande extrajo el cuchillo, y lo agarró por la hoja, mostrándole el curioso mango a Baak, quien pudo observar un singular relieve brillante, con curiosas inscripciones.

—Esto ser arma… Yo cazar con esto.

—Déjame ver —dijo Baak, extendiendo la mano para agarrar lo que parecía un cuchillo metálico, enteramente desconocido y extraño para ellos.

Sin embargo, Vande retiró rápidamente la mano.

—No… Esto ser malo…

—¿Malo? —preguntó Kok.

Vande asintió, empuñando el puñal por el mango, en posición horizontal, como si quisiera atacar algo invisible de frente. Sus dedos presionaron determinados lugares del mango, ¡y una especie de línea de luz blanca surgió de la punta del cuchillo y fue a incrustarse en el suelo, donde la tierra despidió humo pardo!

Esta singular demostración sorprendió a los hijos de Ug.

—¿Qué es eso? —preguntó Baak.

—Malo —dijo Vande—. Yo no hacer daño… Vosotros, amigos.

La noche había cerrado por completo ya. La tribu estaba reunida en torno a una gran hoguera, cuyo centro de atracción estaba en Vande, en quien veían todos un ser raro, singular, pero no extraordinario, porque era casi igual a ellos, tanto en estatura como en complexión.

—Puedes quedarte con nosotros esta noche, Vande —dijo Baak—. Pero no vigilarás la noche como mis hermanos. Te daré algunas pieles de «bu» para que te abrigues del frío.

Vande agradeció aquella deferencia.

A la mañana siguiente, todos los hijos de Ug quedaron sorprendidos al ver lo que el extranjero había hecho con las pieles que le proporcionaron. Utilizando palos y ramas, Vande levantó una pequeña tienda de pieles, en cuyo interior había pasado la noche.

Kania estaba con Baak, cuando éste preguntó a Vande, extrañado:

—¿Qué es eso?

El extranjero rubio sonrió y mencionó un nombre incomprensible, cuyo significado era «tienda o casa desmontable de pieles».

—Es útil —añadió Vande.

Baak indicó a Kania que penetrase en la tienda. Ella obedeció. Sus gritos de contento salieron antes que su cabeza, la cual asomó, al poco, entre las pieles.

—Es una gruta de pieles de «bu» Baak. Muy acogedora.

—Eso es bueno. La lluvia no caerá más sobre nuestras cabezas dormidas. Tienes que enseñarnos a construir estas casas pequeñas de piel.

—Sí, Baak.

Aquel día, Baak no reanudó la marcha, decidiendo quedarse allí, donde habían acampado, cerca del arroyo y del bosque. El lugar resultaba ligeramente abrigado de los vientos. Estaban en primavera y el ambiente era agradable. Se proponían cazar y aprovisionarse de alimentos, antes de continuar su viaje.

Y aquel mismo día tuvieron noticias de la importancia que para ellos había de tener el encuentro con Vande, el cazador rubio y solitario.

En primer lugar, Vande pescaba peces de un modo sorprendente. Empuñaba su cuchillo, lanzaba un rayo de luz hacia el agua y los peces, inmovilizados, subían a la superficie, donde podía capturarlos fácilmente.

Lo mismo hizo Vande con los animales salvajes. El rayo que surgía de la punta de su cuchillo seguía hasta el raudo vuelo de las aves de plumas más vistosas. Y los pájaros caían siempre paralizados por el rayo apenas visible.

Así, en poco tiempo, Vande puso a su disposición varios mamíferos de piel lustrosa, entre ellos un «vaek» (especie de antílope muy veloz), de piel brillante y carne sabrosa. El «jeb» (jabalí) también rodó por tierra en su rápida carrera.

Ante aquellas maravillas, Baak dijo a Vande:

—Quiero tu cuchillo.

—Yo sentir… No darte… Ser malo a ti.

—Tengo el deber de conducir a mi tribu a su salvación, Vande. Con ese cuchillo, incluso podría regresar a donde nací y exterminar a los sanguinarios «uks». Si no quieres darme el cuchillo, te lo quitaré.

—Tú no poder quitarme cuchillo. Si tú querer, yo irme lejos de vosotros, pero no poder darte arma.

—¿Por qué?

Vande no replicó. Miraba a Baak fijamente, pero con serenidad.

No hablaban el mismo lenguaje, pero tarde o temprano acabarían entendiéndose. Los hijos de Ug habían tenido mucha suerte al encontrarse con aquel hombre rubio.

—No te vayas, Vande. Te necesitamos.

Baak conocía las ventajas de aquella alianza.

CAPÍTULO III

El río formaba una amplia curva a menos de un tiro de piedra. La ladera era verde y suave. Encima estaba la plataforma, que era una especie de cornisa elevada, a donde difícilmente llegarían las aguas en su crecida invernal.

La entrada de la caverna estaba protegida de los vientos. Además, el prado que se extendía hasta la escarpada ladera, poblada de árboles y caza, permitía correr a los niños, mientras se les adiestraba.

En todo aquello pensó Baak al elegir aquel sitio. Un verdadero refugio natural: leña, caza, pesca, agua.

—«Viviremos aquí» —había decidido.

Después, efectuaron reconocimientos exploratorios, por los alrededores. No querían vecinos peligrosos. Pero a excepción de un lago situado a media jornada de marcha, donde había grandes monstruos acuáticos, y enormes pájaros que se cobijaban en las cumbres, ningún ser humano habitaba aquellos contornos.

No tenían que temer incursiones de vecinos hostiles. En aquella gruta natural no había puesto jamás su planta el hombre. Pero, aunque no hubiesen hallado la caverna, las tiendas de pieles hechas por Vande, donde se cobijaban hasta tres o cuatro individuos, eran útiles, como había quedado demostrado durante la marcha.

Vande también les había hecho recoger semillas y granos de plantas silvestres. Había aprendido rápidamente el lenguaje de los hijos de Ug, con los que convivía como un miembro más de la tribu, sin pretender dar órdenes a Baak, y conversaba con ellos continuamente.

—¿Para qué sirve esto? —le preguntó Baak, cuando el hombre rubio aconsejó recoger los granos.

—Tú verás… algún día, esto será alimento para la tribu. Yo enseñar.

Y, por supuesto, todos habían querido saber de dónde venía Vande.

El siempre respondía evasivamente:

—Yo venir del cielo.

—¿Cómo?

—Vosotros no comprender… Yo tenía un pájaro de metal, como mi cuchillo. Iba dentro del pájaro y caí en la selva. Mi pájaro se averió y

tuve que alimentarme primero con lo que llevaba conmigo. Luego, al no poder reparar el pájaro, me vi obligado a cazar.

»Yo no conozco este mundo. Soy extraño aquí. Venía a explorar, a investigar. No tuve suerte y erré durante muchos días, hasta que me desorienté. Ahora ni siquiera sé dónde está mi pájaro de metal.

Esta historia la había repetido Vande incluso a Kania. Y era ésta la que más simpatía parecía sentir por el extraño extranjero, porque siempre le estaba ofreciendo frutos y alimentos que ella conseguía.

Tales atenciones no pasaban inadvertidas para los demás, aunque Baak no creyó que pudiera ser malo.

Un día, antes de encontrar la gruta que Baak elegiría para vivir, Kania y Vande, estaban sentados a la orilla de un río, a cierta distancia de donde la tribu instaló su campamento provisional.

Baak, que los había visto alejarse, después de esperar un rato, decidió ir a ver lo que estaban haciendo, y los descubrió sentados en tierra.

Kania estaba diciendo:

—Todas las mujeres pertenecemos a Baak. Él es nuestro amo, jefe y guía. Le debemos sumisión y respeto, incluso la vida, sí nos la pidiera. Los otros no tienen ningún derecho sobre nosotras. Somos de Baak. Él nos hace fecundar y nos da hijos. Si alguna de nosotras no servimos para tener hijos, puede abandonarnos, desterrarnos o entregarnos a los otros hombres, como esclavas.

—¿Le has dado algún hijo?

—No —contestó Kania—. Baak dice que todavía soy muy joven. Pero Uldia y las otras pronto le darán hijos. Todas son fértiles.

—¿Y ningún otro hombre puede tocar a una mujer?

—No. Baak le hundiría su lanza en el pecho, sí eso hicieran.

—Yo no puedo tocarte tampoco, ¿verdad?

—Tampoco, Vande. Tú eres un huésped de la tribu. ¿Hay mujeres en el país donde habitabas?

—Sí. La mujer y el hombre siempre van unidos. Pero allá cada mujer tiene un hombre y viven siempre juntos.

—¿Un hombre para cada mujer? —se sorprendió Kania.

—Y una mujer para cada hombre, como los animales de la selva. Es la ley de la naturaleza —contestó Vande—. Claro que allí, en Bathu, hay tantas mujeres como hombres.

—Nosotras éramos muchas antes de ahora. Pero los horribles «uks» las exterminaron. Sólo nosotras logramos salvarnos. Por eso Baak tiene que darnos hijas. Así volveremos a ser una tribu grande y numerosa.

Vande quedó pensativo.

—¿Tenías tú una mujer en tu país, Vande?

—No. Elegí libremente volar. Quería conocer mundos nuevos, otros lugares. Y en las naves voladoras no podían ir mujeres.

—¿Naves voladoras? ¿Qué es esto?

—Pájaros mecánicos, en cuyo interior íbamos nosotros.

—No he visto nada semejante.

—Si encuentro alguna vez mi nave, te la enseñaré, Kania. ¿Sabes que eres muy bonita?

—¿Te gusto, Vande?

—Sí. Pero no quiero ofender a Baak. Él es bueno conmigo y me admitió con vosotros. Yo tengo que respetarle, porque es el jefe.

—Sí, es cierto —comentó Kania, distraídamente—. Pero si Baak muere en la caza, tú podrías disputar el mando a Urs.

—No. Yo no soy hijo de Ug. Nunca seré de los vuestros... Seré siempre un forastero.

—Ya hablas muy bien nuestra lengua. Eres el mejor cazador y tu pelo amarillo me gusta.

Vande se acercó a Kania y la tomó de los hombros, mirándola fijamente a los ojos.

En aquel instante, Baak salió de su escondrijo y gritó:

—¡Deja a Kania, Vande!

Vande se volvió en redondo, sorprendido. Vio avanzar a Baak hacia él, empuñando la lanza de punta de piedra.

—¡Voy a matarte, Vande!

—¡No! —gritó Kania, poniéndose en pie y situándose delante de Vande.

—¡Esta mujer debía ser sagrada para ti, extranjero!

—Lo es. No he querido hacerle daño —contestó Vande.

—¡Te he visto agarrarla!

—Eso no es malo. Ella me aprecia y es buena conmigo. Me ha demostrado afecto y simpatía y yo le correspondo. Pero sé que te pertenece y que tú serás el padre de sus hijos cuando llegue el momento.

—¡Tú sabes que nadie puede tocar a mis mujeres!

Baak se había acercado. Con el brazo izquierdo empujó a Kania, derribándola al suelo. Su mano derecha parecía dispuesta a hundir la lanza en el desnudo pecho de Vande.

Sin embargo, éste asía ya el mango de su puñal metálico y su ceño se había fruncido.

—No, Baak. En nada te he ofendido y no permitiré que me hagas daño. Si intentas hacerlo, te lo impediré.

La punta de la lanza de Baak se detuvo a menos de medio metro el pecho de Vande. El jefe de la pequeña tribu sabía que el otro podía

cumplir su amenaza. Por esto se detuvo.

—No te mataré, Vande. Pero tendrás que irte lejos de nosotros.

—Lo haré, si ése es tu deseo. Aunque no hay motivo. Te repito que no he causado daño a Kania. Ni lo pensaba siquiera. Ella es tu mujer, como lo son todas, aunque no sea justo. Yo acato esa ley. Es vuestra, aunque a mí no me obligue. Sólo lucharé por mí vida.

»En cuanto a desterrarme, más os perjudica a vosotros que a mí. Yo no os necesito. En cambio, vosotros sí me necesitáis, por las muchas cosas que puedo enseñaros.

—Los hijos de Ug nunca han necesitado que nadie les enseñe nada —dijo Baak, todavía furioso—. Así que márchate. Te daremos alimentos, una tienda, agua y fuego.

—No necesito nada, Baak. Y de veras siento que lo hayas tomado de ese modo.

—Para quedarte con nosotros, tu cuchillo debo tenerlo yo —terminó Baak.

—No, eso no puede ser. Primero, porque no sabes manejarlo. Segundo, porque es mi única defensa en este mundo salvaje y hostil. Se necesitan unos conocimientos que tú no tienes para manejar el cuchillo.

—Entonces, tienes que irte ahora mismo. Adiós, Vande.

Vande miró a la asustada Kania y no se movió.

—Escucha, Baak. Sé el gran valor que tienen las mujeres para ti. Y se me ha ocurrido una idea. Yo puedo ayudarte a que tus hijos proliferen como la hierba en los bosques. No sé qué ley ancestral es la vuestra, pero si queréis multiplicaros no empleáis el mejor sistema. Tú puedes ser el jefe de la tribu. Ese derecho no te lo discutirá nadie jamás. Para que tu tribu sea grande y poderosa, cada hombre debe tener su propia mujer.

Baak miró sorprendido a Vande, como si éste se hubiese vuelto loco.

—Escucha. Ahora sois muchos hombres y pocas mujeres. Estas te pertenecen. Pero cada una sólo te puede dar un hijo por primavera. Y necesitarás muchas primaveras para tener muchos hijos. ¿Por qué no buscáis mujeres de otras tribus? En vez de cazar animales, cazad mujeres. Puedes dar a tus hermanos tantas mujeres como conquistéis. Y tus hermanos tendrán hijos con ellas. Todos seréis familia. Además, eso es bueno. La sangre se debe mezclar. La tribu será sana, fuerte, numerosa.

—¿Cazar mujeres de otras tribus? —preguntó Baak, sorprendido.

—Sí. Y yo puedo ayudaros. Iré con vosotros. Paralizaré a los hombres y nadie podrá combatir. ¿Qué te parece la idea?

—¡Hum! Sí haces eso... Bueno, te daría también a ti algunas mujeres.

Vande había sonreído. Miró a Kania, antes de responder, y luego contestó:

—Yo no sé si podré tener hijos con esas mujeres. Pero sería interesante hacer la prueba.

* * *

Vande se quedó, aunque no volvió a cruzar palabra con Kania, quien le esquivó siempre por orden expresa de Baak.

Cuando se establecieron en el nuevo poblado, Vande enterró cuidadosamente en la tierra, que previamente habían cavado con lanzas, las semillas que fueron recogiendo durante la marcha.

Dijo que la tierra era fértil y daría buena cosecha.

Los hijos de Ug le miraron con escepticismo, pero le dejaron hacer.

Luego, Baak organizó la primera expedición contra una tribu que vivía en un valle distante. Eligió a sus veinte mejores hombres y los puso al mando de Urs. Vande les acompañó para que emplease su arma y paralizase a los hombres. Debían apoderarse de las mujeres jóvenes que encontrasen en el poblado.

Casualmente, se trataba de una tribu que vivía en un lugar pantanoso, en casas de troncos, alzadas a poca distancia del agua. Esta tribu, descubierta por Kok y Onp, tenía miedo a los saurios de los pantanos y por eso habían construido sus casas sobre troncos de árboles.

Eran también cazadores, muy velludos y salvajes, y se cubrían con pieles de sus víctimas.

La expedición partió un día. Vande fue con ellos, mientras que Baak se quedó con el resto de la tribu.

Fue una marcha larga. Tuvieron que escalar una casi montaña, cruzar páramos, bosques y ríos, hasta que, casi veinte días después, llegaron a donde se encontraba la tribu que iban a atacar.

—No es preciso matar a nadie —aconsejó Vande—. Iremos tranquilamente hacia ellos. Yo emplearé mi arma y paralizaré a los hombres. Vosotros elegiréis a las mujeres. Para que no intenten escapar, serán atadas unas con otras, en una larga fila. Debemos preparar cuerdas vegetales para atarlas.

Urs aceptó el plan. Y antes del ataque final, ocultos en la selva, trenzaron cuerdas con lianas finas y flexibles. Luego, aprestaron sus armas y se dispusieron a acercarse hasta las casas de troncos.

Efectivamente, los hombres de la tribu enemiga, al ver a los

incursores, lanzaron gritos y se agruparon, aprestando sus armas. Pero su asombro fue grande, al ver a un hombre rubio blandir su cuchillo de rayos blancos, que los dejó sin poder mover siquiera un músculo, convertidos en estatuas, en las más extrañas posturas.

El rayo barrió conjuntamente a hombres y mujeres. Vande tuvo que emplearlo muchas veces, procurando evitar que los atacados cayeran al agua, donde podían ahogarse. El no pretendía causar víctimas. Y hasta obligó a sus compañeros que sacaran del agua a algunos individuos, cuya caída al agua no pudo ser evitada.

Mientras, Urs y los otros elegían a las mujeres más jóvenes y hermosas. Todas poseían largo cabello negro, piel suave y ligeramente aceitunada, boca grande y ojos chispeantes.

Naturalmente, muchas de ellas se defendieron, empleando incluso armas arrojadizas. Pero los hijos de Ug, expertos en la lucha, esquivaron las lanzas y flechas y dominaron a casi un centenar de mujeres, a las cuales ataron las manos con una larga cuerda.

Vande contemplaba desde una plataforma la captura. Sabía que estaban cometiendo una iniquidad, al llevarse a las mujeres de aquella tribu. Pero también sabía que era preciso hacerlo, si la tribu de Ug quería sobrevivir. En las condiciones desfavorables en que se encontraban sus amigos, aquélla era una solución de supervivencia.

Las cautivas, futuras madres de los hijos de Ug, por su parte, resarcirían la pérdida irreparable causada por los «uks».

Y la tribu volvería a ser fuerte, cuando se adiestraran nuevos hombres para la lucha y la caza.

No fue fácil, empero, conducir a las prisioneras a través de los pantanos. Vande había dicho:

—Hay que darse prisa. En poco tiempo, esos hombres se recuperarán de los efectos paralizantes y es lógico suponer que nos seguirán.

Dejaron algunos hombres en retaguardia, para saber, si les seguían. Luego se retiraban más allá de donde Urs había apostado otros. Era una retirada estratégica que sólo sirvió para convencerles de que sus perseguidores habían perdido el rastro.

Alguna prisioneras trataron de escapar, rompiendo sus ligaduras. Pero los hombres de Urs les dieron pronto alcance y las hicieron volver.

Otra dificultad era la lengua que hablaban aquellas mujeres, totalmente incomprensible para los hijos de Ug. Sin embargo, pronto se estableció entre ellas y sus captores un medio fácil y suficiente para entenderse en lo más elemental.

Llevaban alimentos suficientes. Además, Vande cazaba

continuamente. Al atardecer, encendían fuego y agrupaban a las cautivas cerca de él. Los hombres de Urs formaban semicírculo en torno a ellas. Entonces se repartía la carne y el agua. También les daban frutas silvestres y pescado que se habían traído de la tribu del lago.

Durante la prolongada marcha, el cansancio agotó a varias mujeres. Como Urs no quería dejarlas atrás, para impedir que pudieran regresar a su tribu, si sanaban, decidió matarlas, a lo que Vande se opuso.

—Estas mujeres están enfermas, pero pueden sanar. Los insectos les han contagiado virus malignos. Hay que llevarlas a la tribu y atenderlas.

—¿Y cómo vamos a llevarlas?

Vande tenía soluciones para todo. Construyó parihuelas, uniendo las cañas entre sí con lianas y hierbas. Hizo que las mujeres enfermas se tendieran en las parihuelas. Cuatro mujeres fueron obligadas a llevar a cada enferma, apoyándose las parihuelas en los hombros.

Y las enfermas agradecieron a Vande la delicadeza.

Pero no terminaron ahí las atenciones del hombre rubio, sino que cuidó y atendió personalmente a cada enferma, haciéndoles tomar un brebaje de hierbas silvestres, preparado por él con agua hirviendo, cuya ebullición conseguía introduciendo la punta de su cuchillo.

Tuvieron que abandonar las parihuelas días antes de llegar al lugar donde se había instalado la tribu, pues las enfermas habían curado ya.

Cuando la nutrida comitiva cruzó el río, por un vado que los hombres de Baak habían construido colocando grandes piedras, los gritos de alegría de los miembros de la tribu llegaron hasta las asustadas cautivas.

—Ya hemos llegado. Ahí viviréis desde ahora —dijo Urs a las prisioneras—. Vais a ser madres de los hijos de Ug.

Ellas, que no comprendían su lenguaje, no contestaron. Pero la mayoría se percató de cuál iba a ser su destino.

Cuando poco después, Baak las examinó de cerca, se volvió a Vande y le felicitó:

—Ha sido una buena idea, Vande. Puedes elegir las que te gusten. Te corresponden tres.

—No quiero a ninguna. Sólo me gusta Kania.

—¡Kania no será jamás tuya, Vande! ¡Olvídala! ¡Dentro de poco será mujer y me pertenece por derecho propio!

Kania escuchó aquellas palabras, y no pudo ocultar su tristeza. Había pensado mucho en Vande durante su ausencia.

CAPÍTULO IV

¿Quien era realmente Vande?

¿Qué estaba haciendo en aquel extraño mundo de trogloditas, seres prehistóricos y animales fabulosos? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿De qué mundo procedía? ¿Cuál era su extraño origen?

Con frecuencia, Vande evocaba cuanto le había sucedido. Tenía un recuerdo nostálgico de su pasado, de su mundo, de su existencia anterior.

Se encontraba en la Tierra por su inquieto afán de aventuras, su afición por lo desconocido y su ansiedad constante de experimentar emociones nuevas.

Al dejar la Academia de Ciencias, allá en Sudra, la más importante isla de Bathu, eligió la profesión de piloto espacial. No hizo caso de los consejos y advertencias de sus mentores. Él era libre de elegir.

Sólo debía respetar la ley del Congreso Bathu.

En vez de regresar a su región, vivir allí del trabajo y el estudio, elegir esposa y crear una familia, las estrellas de la noche le atrajeron más.

Fue aceptado y enviado al espaciodromo de Kref, durante tres ciclos solares, Vande se adiestró en el manejo de los instrumentos de navegación sideral. Se familiarizó con los propulsores fotónicos, con las cartas siderales, aprendió a calcular por «unidades de velocidad fotónica», y fue sometido a pruebas ambientales en medios físicos increíbles.

Fue sometido a atmósferas de metano, de anhídrido carbónico y soportado presiones fortísimas. Todo esto, naturalmente, en las cámaras de ensayo. Su resistencia física era un Punto Uno, o sea superior al promedio.

Todas estas extraordinarias condiciones le sirvieron para obtener un grado superior al de sus compañeros de estudios. Al conseguir su diploma, le nombraron «Dek», o sea oficial primero y le asignaron un puesto en la exploración galáctica que se estaba preparando. «Dek» Vande fue asignado al grupo de exploración. Era de los más idóneos. Y se congratuló de ello.

El trabajo de Vande consistiría en vuelos de acercamiento y reconocimiento de mundos inexplorados, mientras la gran nave

espacial orbitaba a la espera de su regreso e información.

La expedición inició el viaje. La dotación ocupó sus puestos. El jefe principal dio la orden y el enorme vehículo metálico se deslizó sobre la rampa de lanzamiento a enorme velocidad.

Vande, en la sala de exploración y auxilio, ajeno a la trepidación exterior, contemplaba extasiado, su pequeña nave de reconocimiento con cabida para dos individuos. Era un modelo nuevo, de bello diseño, técnicamente perfecta.

La «Fei» se comportó de modo increíble. Incluso sus constructores quedaron maravillados de su rendimiento. Sin embargo, la pequeña nave de exploración espacial debía ser probada en numerosos e imprevistos ambientes. Y por eso fue embarcada en la gran nave sideral. Llevaban cuatro «Feis» y otras cuatro de un tipo más antiguo.

Todas tenían una tripulación de dos hombres, un piloto, «Dek» y un ayudante o copiloto, «Obek», o sea, oficial primero, y suboficial. Al mando de la flotilla había un oficial superior, el «Kidek».

La expedición debía explorar un sistema solar situado a mucha distancia de Bathu.

La primera parte del viaje, novedosa al principio, se convirtió en monótona y tediosa después. Al fin, incluso Vande temió no soportar siempre los mismos rostros, escuchar las mismas palabras, hacer las mismas cosas.

Al fin, la expedición llegó a las inmediaciones de su destino, situándose en posición orbital elíptica, o sea, girando en torno al sistema planetario que pretendían explorar.

A cada una de las ocho naves auxiliares le fue asignado un planeta y sus correspondientes satélites. Vande se entusiasmó al ver las fotografías de uno de aquellos mundos, rodeado de un cinturón de anillos orbitales y pidió explorar aquel planeta.

—Bien, «Dek» Vande —concedió el «Mardek»—. Tú explorarás Saturno.

—Gracias, señor.

Las ocho naves exploradoras partieron sucesivamente, mientras la espacionave se situaba en posición favorable para el despegue de las naves de reconocimiento.

Los días se hicieron interminables para Vande y su compañero Herms.

Los astrónomos de a bordo sostuvieron con Vande largas conferencias, explicándole todo lo que habían descubierto del planeta, densidad, atmósfera, gravidez en la superficie, temperatura media, etc.

Vande anotó todos aquellos datos en su libro. Las demás comprobaciones las realizaría él y Herms, por medio de los

instrumentos que llevaban a bordo.

Para casos de avería o accidente, disponían de un emisor ultrasónico y del vibrador molecular. No quedaban abandonados, ni mucho menos. Tenían armas, alimentos y medios para pedir ayuda.

Ya habían despegado las tres naves auxiliares que debían explorar Plutón, Urano y Neptuno.

Y al fin, llegó la hora de «Dek» Vande y «Obdek» Herms.

Les dieron las últimas recomendaciones y la «Fei» fue situada en la tobera de lanzamiento. Dentro, equipados con los trajes de exploración, iban los dos astronautas acoplados a sus asientos.

* * *

La «Fei» tenía un terrible fallo. Vande lo comprobó a los pocos días de vuelo autónomo. Las fuerzas gravitacionales la desviaban continuamente y su aproximación a las grandes masas planetarias convertía la pequeña nave en una especie de vibrador incontrolable. La vibración llegó a hacerse insoportable.

—Esto no marcha —había dicho Vande a Herms—. Es preciso corregir el rumbo. Comunica a la nave principal lo que ocurre.

—Debemos tratar de reparar nosotros mismos la avería. Nada podemos esperar de ellos, excepto la orden de regreso. Y no hemos esperado tanto tiempo para renunciar ahora.

Vande no replicó. Conocía el entusiasmo de su compañero por pisar el suelo de un mundo extraño. Era la mayor ambición de su vida, y por ello había renunciado a todo en Bathu.

—Escucha, Vande; debemos intentar distanciarnos. Con la escafandra, puedo salir al exterior. A motor parado, en orbitación gravitacional, podemos averiguar lo que produce con la vibración.

—Estoy seguro de que es un defecto de construcción. Este cabeceo está vinculado al diseño. Pero podría suprimirse el timón lateral de atmósfera. Tal vez sea eso.

Fue un error. Vande lo comprendió antes de realizarlo. Sin embargo, se dejó contagiar por el entusiasmo de su compañero y le autorizó a salir.

—No toques nada. Sólo inspecciona.

La salida de Herms fue fatal. Había «lluvia» de corpúsculos radiales. La fuerza de los millones de impactos desequilibraron a Herms, quien trató de agarrarse desesperadamente a los salientes, para no depender sólo del cordón «umbilical». Comprendió que, debido a la fuerte «lluvia» radial, le iba a ser difícil regresar a la nave.

—¡Ayúdame, Vande! —suplicó Herms, a través del

intercomunicador de vacío, instalado en su casco.

La escotilla había quedado abierta. Pero en la nave, la vibración aumentaba. Averiguar lo que la producía habría de ser fatal para Herms.

Vande estaba luchando ahora con los mandos de dirección.

Todo su cuerpo temblaba violentamente, a causa del acusado vaivén, y no podía atender siquiera a Herms.

—No puedo… ¡Agárrate a la cuerda! ¡Es una lluvia de corpúsculos!

Pero Herms ya apenas si podía oírle. Reventado su traje de presión, su cuerpo estaba siendo ametrallado por infinidad de invisibles corpúsculos radiales, que avanzaban en dirección contraria a la marcha de la nave. Y Vande se esforzó, en vano, para modificar la órbita.

En pocos minutos se produjo la tragedia. Chispas de todos colores surgieron del panel de mandos. Era necesario cerrar la escotilla. Pero esto significaba dejar afuera a su camarada.

No había opción. Y, sin embargo, Vande pensó más en Herms que en sí mismo: agarró el «cordón umbilical» que sujetaba a su compañero y tiró de él, mientras la cabina parecía arder.

La cuerda de fibra metálica se había partido ya. Herms flotaba muerto en el vacío y la «Fei» parecía a punto de estallar en mil pedazos.

Al ver el extremo roto de la cuerda en sus manos, Vande comprendió la inutilidad de sus esfuerzos y cerró la compuerta. Luego, con nervioso y febril apresuramiento sofoco el incendio interior, disparando la mezcla de «antifuego», cuya espuma invadió totalmente la cabina. El quedó en el suelo, jadeando, extenuado y angustiado.

Las consecuencias de lo ocurrido eran desastrosas, como pronto habría de comprobar. Desde las provisiones de boca hasta la radio y el depósito de armas, así como numerosos instrumentos, todo había quedado inutilizado e inservible. Los circuitos se incendiaron, se fundieron cables y diodos, y la «Fei» se convirtió en un satélite errante, lanzado en el vacío a una velocidad endiablada.

Lo único que podía esperar Vande era la muerte, dentro de aquel sarcófago metálico que tantas ilusiones le había inspirado.

Sin embargo, la vibración cesó. La nave continuaba viajando por el espacio hostil. Ahora, Vande estaba solo y sin medios de comunicación con la astronave nodriza.

No obstante, lo más inquietante era la desaparición de Herms. Esto llegó a influir de tal modo en él que hasta deseó morir también, como único responsable del fin de su compañero.

La obligación de Vande era la de avisar por radio y no dejarse

llevar por prejuicios ni sentimentalismos. Lo que no se podía lograr de acuerdo con las instrucciones, era preferible dejarlo. Habían estado a tiempo de pedir ayuda o regresar. El «Mardek» les habría indicado lo que debían hacer, porque tenía experiencia en tales casos.

El no cumplió con su deber y un hombre había muerto. Además, él podía morir también. Y lo peor de todo era qué no conseguirían su objetivo. En Kref abrirían una investigación. Posiblemente se descubriría que las naves auxiliares no eran perfectas, se modificaría el defecto y todo seguiría igual.

¡Dos hombres habrían ofrendado su existencia en aras de la ciencia!

* * *

Sin embargo, Vande no murió. Soportó el viaje, llegando a comer restos de alimentos medio descompuestos. Tenía agua y píldoras de sabor infernal que antes habían sido concentrados vitamínicos.

Y, de pronto, se había visto atraído a un extraño planeta azul, el cual reconoció por las fotografías astronómicas obtenidas a bordo de la astronave.

¡Aquello era el planeta Tierra!

Vande calculó que había sido atraído por aquel planeta, cuyo campo exterior estaba libre de interferencias gravitatorias, dado el gran campo magnético que emanaba de él. Esto pudo comprobarlo empleando uno de los pocos instrumentos que habían quedado intactos.

Inmediatamente, Vande empezó a acariciar la idea de buscar el modo de tomar tierra en aquel mundo extraño y azul, cuya superficie aparecía parcialmente cubierta de nubes.

Y para ello recurrió a un procedimiento que aprendió en la escuela de astronáutica de Kref, y que consistía en hacer un rudimentario motor de frenado, con carburante de reserva.

Vande había comprobado que, además de la pila fotónica de retropulsión, por las toberas se podían introducir cápsulas deflagrantes, o sea granadas de expansión. Esto permitiría utilizar un «frenado» espacial.

Aún tenía posibilidades de salvarse. En aquel planeta debía existir algún medio de vida. Era necesario que lo hubiese. Si encontraba una atmósfera medianamente tolerable, él hallaría medios para subsistir, hasta que sus compañeros llegasen a explorar la Tierra y le encontraran. Era su única posibilidad.

Y se aferró a ella con todas las ansias de la desesperación.

No perdió mucho tiempo en tratar de llevar su plan a la práctica. Primero, reunió todas las cápsulas deflagrantes. Después calculó la potencia que necesitaría para desviar la «Fei» hacia la Tierra. Era necesario dividir el improvisado combustible en dos partes proporcionales.

Una la emplearía para desviar la órbita de la nave. La otra la utilizaría para el frenado final.

Hechos los cálculos, se puso al trabajo.

Y el resultado lo obtuvo dos días solares después, cuando la «Fei» descendió sobre un denso bosque, en medio de lo que parecía impenetrable selva verde.

Por suerte, logró apagar el encendido del frenado, al darse cuenta de que a sus pies se extendía un bosque inflamable. De no haberlo hecho, Vande se habría encontrado envuelto en llamas. Así, la caída fue algo brusca, entre ramajes, pero los árboles amortiguaron el golpe.

Luego, Vande se encontró con infinidad de cosas sorprendentes.

En primer lugar, el agua de aquel planeta era buena y refrescante. La atmósfera era pura, limpia, aunque bastante cargada de insectos zumbadores.

Y había alimentos naturales, tanto vegetales como animales.

No tuvo reparos en abatir un corzo, utilizando el estilete vibratorio, una de las pocas armas que pudo salvar, y cuya carga electrónica era renovable.

Cuando Vande comprendió que el aire era respirable, se despojó de la escafandra. Hacía calor allí, molestaba horriblemente. En cambio, los insectos le torturaban la piel, y tuvo que embadurnarse con un aceite aromático, que encontró en un armario de primeros auxilios.

Al principio, Vande se movió de las inmediaciones de la nave averiada. Debía tratar de establecer comunicación de algún modo con sus Compañeros. Pero entre los árboles a los que se subió sin llegar a la copa, no podía hacer nada.

Además, La Tierra, como su propio mundo, tenía noche y día, y la temperatura cambiaba sensiblemente, por lo que las horas nocturnas debía refugiarse en el interior de la nave.

Pasados algunos días terrestres, Vande empezó a extender su radio de acción, alejándose cada vez más de la «Fei».

Y una vez no pudo encontrar el camino de regreso. Cayó, al tropezar con una raíz, se dio un golpe en la frente y quedó desvanecido durante unas horas. Y cuando recobró el conocimiento, no supo hacia dónde dirigirse para volver a la nave.

Anduvo muchas horas. Avanzó por lugares infestados de animales salvajes, de los que sé defendió utilizando el vibrador paralizante, que

además afiló en piedras ásperas, hasta convertirlo en un cuchillo para cortar y despellejar animales.

La propia energía del vibrador encendía ramas secas. Halló piedras de sodio y obtuvo sal triturándolas. Aprendió a recoger agua en cortezas de frutos secos, agua que hervía con el vibrador, por temor a la infección.

Alimentos no le faltaban, pero quería salir de aquel inmenso bosque y encontrar un lugar llano, donde poder dibujar en el suelo la cruz de Bathu, único signo que sus compañeros del espacio reconocerían, si exploraban la Tierra. En el centro de la cruz, escribiría un mensaje.

Y esto no pudo hacerlo hasta transcurridos diez días, cuando, al fin salió del bosque y se encontró en una llanura terrosa, en lo que parecía un extenso y dilatado valle.

Allí, reuniendo piedras del suelo, Vande hizo la inconfundible estrella cruzada, símbolo de la civilización «bathu». Y en el centro, bajo una losa de piedra blanca, dejó su mensaje.

Luego, regresó al bosque, tratando de hallar nuevamente su nave.

CAPÍTULO V

—¿Por qué miras siempre al cielo, Vande? —le preguntó un día Urs—. ¿Qué esperas de allá arriba?

—La llegada de mis compañeros.

—¿Los hombres rubios que habitan en las estrellas?

—Sí.

—Baak cree que viniste de las montañas.

—¡Bah, que crea lo que quiera!

—¿Cómo es tu pueblo, Vande?

—Es un gran mundo, mucho más civilizado que éste. Allí sólo hay una enorme tribu, mandada por un consejo de hombres sabios. Todos estudiamos y trabajamos en algo, en beneficio de los demás.

—¿Qué es estudiar?

—¿No te has preguntado nunca lo que haces aquí?

—Lo sé —contestó Urs seriamente—. Cazo y peleo.

—Quiero decir si piensas en cómo y por qué has venido a la vida.

—También lo sé. Soy hijo de Ug. El me hizo.

—¿Y nada más? Por ejemplo, Urs, ¿quién hizo este mundo? ¿Dónde estamos? ¿Por qué es redondo?

Urs denegó con la cabeza.

—Este mundo no es redondo. Es llano, excepto cuando hay montañas.

—Yo me refiero a todo en conjunto, visto desde arriba, como yo lo he visto. Se trata de una gran esfera, una piedra redonda, muy grande... ¡Tan grande que, vista desde aquí, todo parece llano!

Urs sacudió la cabeza.

—No te entiendo, Vande.

—No, ya lo sé; no puedes entenderme. Tu inteligencia está reducida a lo esencial que sabes y conoces. Todos vosotros sois iguales. Comer, beber, dormir y luchar contra la naturaleza... Todo lo que nos rodea es naturaleza. Aquí es hostil. En Bathu, mis hermanos de raza dominaron la naturaleza.

»¿Ves el trigo que empieza a germinar en el prado? Eso es una conquista del hombre sobre la naturaleza salvaje. Ese trigo podrá ser cosechado, nos dará harina, y luego pan, que será un alimento importante.

»El corral que hemos construido tendrá que ser ampliado. Las «cov» nos darán leche y carne. Nacerán hijos de «cov» y siempre tendremos alimentos. Las vasijas de barro cocido que os he enseñado a fabricar os permitirán guardar el agua limpia y clara. Podréis comer con mayor higiene.

—Son cosas bonitas, Vande. Kania dice que eres un Dios.

—¡No soy ningún Dios, Urs! ¡Eso no debéis decirlo!

—Baak no lo dice. No te quiere, Vande. Pero sé que te necesita. Tú nos ayudaste a traer mujeres de los pantanos. Las «dewas» son nuestras esposas y nos darán hijos. Eso te lo agradeceremos siempre.

»Sin embargo, Vande, siempre te vemos mirar al cielo, como si esperases algo.

—Sí, Urs. Espero a mis hermanos.

—¿Y te irás con ellos cuando vengan?

—Sí.

Urs guardó unos instantes de silencio. Entonces, se levantó y dijo:

—Se lo diré a Kania. Eso es lo que ella desea saber.

—¿Te ha dicho Kania que vengas a preguntármelo?

—Sí. Baak no la deja que se acerque a ti.

—¡Baak no la quiere ni para él ni para nadie! ¡Y Kania tiene derecho a ser mujer! —exclamó Vande.

—Kania desea estar a tu lado. Me lo ha dicho. Pero teme enojar a Baak. No quiere ser castigada.

—¡Baak no tiene derecho a castigarla por eso! —exclamó Vande.

—Él es el jefe.

—Yo podría pelear con él y vencerle. Entonces sería yo el jefe.

—No, porque tú no eres hijo de Ug. Si peleas con Baak y le matas, tendrás que luchar sucesivamente con todos nosotros. Y si nos vences a todos, no serás jefe de nadie, excepto de las mujeres. Pero el espíritu de Ug, junto con el de sus padres, te molestaría siempre por las noches.

—¡Eso son tonterías, Urs! Y, desde luego, no quiero pelear con Baak. Pero él no debería alejar a Kania de mí. Yo soy como uno más de la tribu. Y tengo derecho a tener mujer e hijos.

—Elige a una mujer «dewa». Hay muchas jóvenes y bellas.

Vande no replicó. Llevaba bastante tiempo con los «ugs», y siempre deseó a Kania. Ella le tranquilizaba el espíritu. En ella veía Vande a una muchacha primitiva, salvaje, pero buena y pura.

Urs se alejó, y Vande quedó solo, sentado sobre las piedras colocadas a modo de asiento, cerca del borde de la atalaya.

Meditando en su odisea, no sintió los pasos de Xod que se acercó a él. Y se sobresaltó al escuchar su voz.

—Hemos traído las piedras pesadas, Vande.

—¡Ah! ¿Eh, cómo? ¿Ya estás aquí, Xod?

—Sí. Mira —Xod mostró una piedra gris a Vande, quien la tomó y la examinó.

—Efectivamente. Esto es hierro, Xod.

—¿Hierro?

—Echaremos el carbón en el horno de piedra, junto con esto. Cuando se funda, obtendremos lingotes de hierro que moldearemos luego en el fuego, hasta conseguir herramientas, lanzas irrompibles, cuchillos y armas.

—Dices unas cosas muy extrañas. Baak afirma que en tu tribu estabais todos enfermos de la cabeza y que hacéis cosas muy raras.

—Baak es un ignorante. Vamos allá, Xod. Quiero que me ayudéis a obtener hierro para los «ugs».

La facilidad de Vande para la caza, empleando su cuchillo vibratorio, hacía que los miembros de la tribu de Ug tuvieran mucho tiempo libre para preparar herramientas de piedra. Por ello, se empeñó en enseñar a sus amigos técnicas nuevas, ya que tenían tiempo sobrado para todo.

Primero les enseñó alfarería y cerámica. El barro abundaba en las cercanías del río. Después, buscó minerales, no tardando en encontrar oro casi a flor de tierra, plata, hierro, plomo, níquel y cobre, aunque muchos de estos materiales debían ir a buscarlos a gran distancia.

En un extremo de la atalaya, a doscientos metros de la gran gruta que les servía de refugio en invierno, Vande empezó a construir una fragua y una especie de crisol. Hicieron ladrillos con arcilla que luego cocieron en el horno.

Baak, para tenerlo alejado y ocupado, le facilitó hombres. Y, de vez en cuando, él también acudía a curiosear, preguntando el significado de cuanto hacía Vande.

Los martillos de piedra servían de poco para moldear, metales, por lo que Vande tuvo necesidad de fundir hierro, para lo cual se proveyó de carbón. La pirita de hierro estaba cerca. Los hombres iban a buscarla en talegas de pieles y luego la amontonaban cerca del horno.

Las fundiciones pronto empezaron a dar su fruto: obtuvieron metales de distintos tipos. El metal fluido era conducido por canales de tierra, previamente dispuestos, hasta los moldes adecuados.

Y así, llegaron a tener incluso un yunque, martillos pesados y rústicos, así como herramientas que les permitían moldear el hierro al rojo.

Y de la utilidad de todo aquello, pronto sacó partido el propio Baak, a quien Vande le regaló una magnífica espada, que un alfarero

afiló con una piedra de esmeril giratoria.

Baak recibió el regalo con agrado; en su primera expedición de caza se llevó el arma consigo.

Otro éxito de Vande fueron las puntas de hierro para flechas, las cuales penetraban profundamente en los cuerpos de los animales heridos, sin romperse.

Pero lo más importante para la tribu fue la primera cosecha de trigo obtenida. Vande explicó detalladamente a los «ugs» cómo se segaba el trigo, cómo se limpiaba y molturaba, y, por fin, cómo se amasaba la harina blanca, para lo cual utilizaron piedras de esmeril, preparadas al efecto.

Con las herramientas que Vande les había enseñado a construir y a manejar, los hombres pronto se convirtieron en obreros.

El primer pan fue cocido en el horno de fundir metales, previamente limpiado de escoria. Y Vande tuvo la delicadeza de llevar la primera muestra a Baak.

—Esto es pan —dijo Vande.

Tanto Baak como sus compañeros habían esperado largamente aquel hecho importante. Casi habían saboreado con la imaginación el pan prometido. Por ello, se consideró un día importante aquél.

Baak lo examinó durante largo rato, sin decir nada. Luego, lo tocó, lo partió y, sin despegar los labios, le dio a comer primero a Kania, que estaba sentada cerca de él.

Este gesto disgustó a Vande, quién exclamó:

—¡No he hecho esto para causarte daño, Baak! Es una atención hacia ti.

—Lo sé, Vande. Pero yo sé que Kania te gusta. Por eso ha de ser ella la que lo pruebe.

Había una intención maliciosa en la actitud de Baak y hasta llegó a pensar en la muerte, por medio del alimento que Vande quería darle. Esto ayudaría a que el hombre rubio pudiera obtener a Kania.

Pero se equivocaba.

—Puedes comerlo, Kania —dijo Vande.

Kania lo probó y le gustó. Luego lo probaron todos. Y lo encontraron bueno. Por fin, comió también Vande. El último en probar el nuevo alimento fue Baak. Y no pudo decir que fuese malo, si a todos les había gustado.

* * *

Un día, Baak regresó gravemente herido de una expedición de caza, a la que no había asistido Vande. El primero que trajo la noticia

fue Ong, quien buscó a Vande y le dijo, muy excitado:

—Tienes que venir corriendo, Vande. Tú puedes hacer algo por Baak. Un «aant» le ha atacado, hiriéndole en la espalda con sus garras. Le traen hacia aquí y tememos que se muera.

Vande corrió rápidamente al encuentro de la expedición, a la que halló disponiéndose a cruzar el río. Urs estaba allí, muy cariacontecido.

En efecto, Baak estaba muy grave, pero no muerto. Cuando Vande levantó la piel de «vaek» curtida que, le tapaba, vio las profundas huellas de los zarpazos de la fiera, que habían roto hasta las costillas del infeliz cacique.

Pero Baak vivía aún. Pese a estar sin conocimiento, se agitaba continuamente, gimiendo.

—Si puedes, sálvale, Vande —dijo Kok—. Es nuestro jefe por deseo de Ug.

—Llevadle con cuidado. Yo me adelantaré y prepararé las cosas. Necesitaré fuego, para calentar agua en las vasijas de barro cocido. Luego lo entablillaremos, para que no pueda moverse durante algún tiempo. Y le daremos medicinas que le ayudarán a recuperarse.

Vande conocía la anatomía humana. Los terrestres, por razones que no había podido saber, estaban constituidos exactamente igual que los seres de Bathu, como si fuesen una raza gemela o hermana. Esto obedecería a que las condiciones ambientales del planeta Tierra eran muy semejantes a la de Bathu.

Y el cuerpo humano carecía de secretos para un hombre que había estudiado ciencias en las Instituciones de la isla de Sudra, donde la anatomía y la medicina estaban a gran altura.

Vande utilizó su afilado cuchillo de dos modos. Primero envió sobre el cerebro de Baak una descarga de vibraciones, para paralizarlo totalmente, a modo de anestesia, examinó el desgarro producido bajo la piel del herido, que era bastante profundo. A continuación, fue colocando puntos de sutura, con sumo cuidado, para lo cual empleó también la punta del cuchillo, en cuyo mango efectuó una modificación, de suerte que el metal se convirtió en un cauterizador al calentarse a gran temperatura.

Vande había utilizado aquel procedimiento, en los primeros días, para encender fuego en la selva y calentar el agua. Ahora, el punto incandescente era utilizado para cauterizar heridas.

De vez en cuando, Vande auscultaba el corazón de Baak, por si era necesario estimularle con corrientes eléctricas. Pero el herido era robusto, y su corazón, aunque había perdido mucha sangre, continuaba latiendo.

Al fin Vande terminó la cirugía interna. Después, lavó cuidadosamente las heridas, con agua caliente, y por último unió las costillas rotas, dejándolas de modo que pudieran soldar solas. Lo más difícil fue coser la piel. Pero no vaciló en utilizar un «cargut» que previamente había preparado con tripas secas de animales muertos, pues ya en una ocasión anterior Vande había sido requerido para atender un profundo corte que se hizo un hombre de la tribu en un muslo con una piedra afilada.

La herida estuvo sangrando durante un rato, pero luego cesó la hemorragia y esto indicó a Vande que era posible la curación. Por esto ordenó que acostaran al herido.

—Mañana pienso tener preparado un chaleco de hierbas y tierra endurecida. Intentaré obtener un polvo blanco que, mezclado con agua, servirá, para que Baak no pueda mover la espalda. Es preciso que pasen muchos días y que no se mueva en absoluto, para que pueda sanar. Si no consigo hacer ese chaleco, le fabricaré uno de ramas y tiras de cuero, que habrá de soportar quiera o no.

Nadie replicó. Todos tenían confianza en Vande, pues le habían visto operar, y estaban maravillados de sus conocimientos.

El rumor de que Vande era un Dios se iba apoderando ya de todos y había sido propagado por las mujeres «dewas», las cuales le tenían un respeto supersticioso.

Efectivamente, con ayuda de Xod y otros hombres, Vande localizó un terreno calizo, del que arrancaron piedras y llevaron después al horno. Allí, modificando ligeramente la estructura del piso, Vande coció las piedras y obtuvo un polvo blanco que, al contacto con el agua, se endurecía rápidamente.

—¿Qué es esto? —quiso saber Xod.

—Yeso. Nos será muy útil para hacer moldes para fundición. Habremos de obtener grandes cantidades. Si mis hermanos del cielo no vienen a recogerme, con todos estos materiales levantaremos un gran poblado y nos iremos a vivir a él. Con el tiempo, la tribu de Ug ha de ser la más importante de este planeta…, ¡si es que no existe ya alguna civilización avanzada, en cualquier otra parte!

Vande sabía que la superficie de la Tierra era sumamente extensa, y por ello pensaba que, en cualquier otro lugar, podían existir gentes mejor dispuestas que los «ugs» o tal vez con una técnica muy superior. Pero sabía, además, que con los medios de que disponía hasta el momento era imposible explorar la superficie de aquel planeta en su totalidad.

Andando tardarían muchos años. Y construir un artefacto volador, por muy rudimentario que fuese, requeriría también mucho tiempo.

Su única esperanza estaba en la ayuda que pudiera enviarle la astronave nodriza. Pero, a medida que pasaban los días, hasta esta esperanza se iba desvaneciendo y en tales circunstancias, el «Mardek» debió suspender la exploración del sistema solar.

Por otra parte, el accidente sufrido por Baak sirvió para que Vande se diera cuenta de que Urs quería ser jefe de la tribu Ug, y también para poder hablar con Kania, a la que no podía dirigir la palabra desde hacía algunos meses.

Fue ella, después de la operación de Baak, quien se le acercó y le dijo:

—Gracias por lo que has hecho, Vande.

—No debes dármelas. Yo sé algo de esto y mi deber era procurar salvar a Baak. Es vuestro jefe.

—Y el tuyo, ¿no?

—No. Baak no es mi jefe. Yo puedo irme de aquí cuando quiera. No le necesito para nada. Es todo lo contrario. Me he quedado porque me necesitáis… Y por estar cerca de ti, Kania.

—Lo sé. Muchas veces pienso que por eso no te has ido con tu magia bienhechora. Y me gustaría poder pagarte de algún modo.

—Ahora que no puede verte Baak, ven esta noche junto al río —pidió Vande, súbitamente—. Quiero hablar contigo.

CAPÍTULO IV

Kania acudió a la cita en cuanto anocheció. Casualmente, la luna estaba en el cielo en aquel momento y una paradisíaca luz plateada inundaba el agua tranquila del río, los árboles y el paisaje.

Vande estaba allí, con una zamarra de piel de «aant» sobre los hombros.

Miraba las estrellas del cielo, pálidas, y pretendía buscar su lejano mundo entre la miríada de luces del firmamento.

—Vande.

—Aquí, Kania —respondió él.

Ella se acercó como una gacela. Él la tomó en brazos y la besó en la boca con pasión. El ardor de su amor se transmitió a la muchacha, que jamás había imaginado siquiera una sensación tan fuerte.

—¡Oh, Vande! ¿Qué has hecho conmigo? ¡He creído desmayarme!

—No temas. Te he besado solamente.

—¿Me quieres, Vande?

—Sí, te quiero… ¡Te quiero mucho, Kania!

—Pues llévame contigo a tu mundo.

—No puedo, amor mío. El mundo está allá arriba, confundido entre aquellos puntos luminosos, muy lejos. Es inalcanzable. Si pudiera, te llevaría conmigo.

—¿Por qué no puedes? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Viajando en una nave.

—¿Y dónde está esa nave?

—No lo sé. La perdí en una inmensa selva. No fui capaz de encontrar mi rastro para volver a ella. De todos modos, mi nave está averiada. Sus instrumentos no funcionan. Mi única esperanza está en que mis hermanos del cielo, los que están a bordo de la gran nave, vengan a buscarme a este mundo.

—¿Vendrán?

—No lo sé. Puede que sí… y puede que no.

—Si no vienen, nosotros podemos irnos lejos a esperarles. ¿Quieres que nos vayamos donde Baak no pueda encontrarnos?

—Yo no temo a Baak, Kania. Sólo me temo a mí mismo. Podía haberme ido. Pero me quedé por estar cerca de ti.

—Baak está muy enfermo. Si muere, Urs me entregará a ti como

mujer.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí. Y me ha dicho que debo hundir una lanza en el cuerpo de Baak, allí justamente donde el «aant» causó la herida.

—¡No, Kania; no debes hacer caso a Urs! ¡Eso sería tu perdición!

—Yo no quiero a Baak, Vande. Te quiero a ti. Deseo ser tu mujer.

—¡Pero no debes matar por eso! ¡Urs te ha dado un mal consejo!

—Me ha dicho que si no lo hago yo, lo hará él. Urs dice que tú eres mi amigo y que Baak es malo contigo.

—No es eso. Creo que el malo es Urs. Quiere que muera Baak para ser el jefe. Es un mal deseo, un injusto deseo. Y tu deber es impedirlo. Yo también haré algo para que Urs no mate a Baak.

—¿Y qué nos importa a nosotros? Vámonos lejos de aquí. Podemos tener hijos y formar nuestra propia tribu. He pensado en que eso es posible. Soy una mujer joven, pero fuerte, Vande.

Él sonrió y acarició los negros cabellos de la muchacha,

—Estoy seguro de que eres una mujer fuerte, Kania. Y te quiero. Te quiero tanto que, si mis hermanos vinieran a rescatarme y no quisieran que tú vinieses conmigo, los abandonaría y me quedaría siempre aquí contigo.

—¿Harías eso por mí, Vande?

—Sí.

—Acerca tu boca a la mía, como antes. Tan cerca de ti me siento muy feliz.

Vande la besó de nuevo, con mayor apasionamiento que anteriormente. Y la joven casi perdió el sentido en sus brazos, extasiada de amor, enajenada de felicidad, dicha y ventura.

* * *

Al día siguiente, cuando terminó de colocar el yeso al inconsciente Baak, seguro de que la herida cicatrizaría por sí sola, Urs se acercó a Vande y le dijo:

—Quiero hablar contigo, mago.

—¿Mago? ¿Por qué me llamas así?

—Es lo que las mujeres «dewas» dicen de ti. Ellas tenían un mago en su tribu que hacía magia y curaba a los enfermos, como tú has hecho. Mis tres mujeres dicen que tú eres mago.

—Bueno, que digan lo que quieran. ¿Qué deseas de mí?

—Sé que anoche hablaste con Kania. Baak lo había prohibido. Si se salva, se enterará y serás castigado.

—También sé que dijiste a Kania que Baak debía morir —replicó

Vande.

Urs no se inmutó por esto.

—Y te lo digo a ti también. Escucha, Vande. Si Baak muere, yo no impediré que Kania sea tu mujer. Es una muchacha muy bella y buena. Lo saben todos. Por eso la guarda Baak para él. Y no será necesario que te vayas de aquí si mando yo.

—Gracias, Urs. Tu oferta es tentadora. Te vuelves tan astuto como Baak, pero no está bien que mates a Baak... ¡El fratricidio sólo merece la maldición de tus antepasados!

—No mezcles los muertos con los vivos, Vande. Ellos no están aquí para ver lo que sucede.

—Están sus espíritus y te ven, por eso te maldicen.

—Baak está muerto. De no haber sido por tu magia extraña, ya no viviría. Por eso te culpo. Yo deseo ayudarte, Vande, en cambio tú no quieres ayudarme a mí. ¿Por qué has puesto esa coraza blanca a Baak? ¿Para qué mi lanza no llegue a su corazón?

—No. Para sanarle. Y te diré más, Urs: si tu propósito es matar a Baak, mi deber es avisar a los demás y contarles lo que te propones, para que te lo impidan.

—¡Si dices algo, te mataré, mago! —amenazó Urs, furioso.

Vande llevó la mano derecha a la funda del cuchillo vibratorio, y ante este gesto, el otro retrocedió, dando un salto de espaldas.

—Eso no mata, sólo inmoviliza. Si me matas, mis hermanos te matarán. Y si les dices lo que me propongo, lo negaré. Pero cuando estés dormido o distraído, mi flecha se hundirá en tu corazón.

Urs se alejó, dejando a Vande pensativo.

Aquella noche decidió irse de la tribu y llevarse a Kania con él.

Así se lo manifestó a la joven, cuando volvieron a verse a la orilla del río.

—Baak estará imposibilitado durante bastantes días. Puede que muera o que viva, eso sólo Dios lo sabe. Pero Urs ha amenazado con matarme, si no le dejo eliminar a Baak. Mi deber es advertir a los otros, para que protejan a Baak. Como resultado, tengo que irme de aquí. Voy a intentar regresar a los bosques, a ver si encuentro mi nave. Es un buen objetivo tratar de repararla, sabiendo que en este planeta existen materiales para arreglar la nave. ¿Quieres venirte conmigo?

—¡Sí! —casi gritó Kania, echándole los brazos al cuello.

—Entonces, escúchame bien. Nos iremos mañana o pasado. Primero hablaré con tus hermanos. Es preciso proteger la vida de Baak. También quiero que Xod continúe trabajando los metales. Esos conocimientos serán muy útiles para la tribu en lo futuro.

—Xod está muy entusiasmado con todo cuanto le has enseñado.

—Lo sé. Y podría enseñarle muchas más cosas, si la situación no fuese tan delicada. No es que tema a Urs, pero tampoco quiero hacerle daño. Trato de evitar rencillas. Si Baak se salva, me deberá la vida y no te echará de menos. Tú serás mi mujer y no la suya. Así han debido disponerlo los Creadores del Cosmos, cuando hicieron la vida. La raza «bathu» se mezclará con la terrestre, y nuestros hijos traerán la civilización a este mundo.

—Sí, Vande; seré tu esclava. Haré lo que me mandes… Pero ¡bésame como ayer!

Vande la complació.

* * *

Ong y Kok reunieron a la tribu y propusieron el destierro de Urs.

Las convincentes palabras de Vande fueron creídas. Además, Urs no estaba presente cuando el hombre rubio habló contra él.

Y por si no fuese bastante, Kania también confesó que Urs le había propuesto matar a Baak.

—Yo me marcho. No volveré más —añadió Vande—. Regreso a donde cayó mi nave del cielo. Pero os digo que no me iré solo. Kania me acompañará. Si hay alguien que se oponga a mi voluntad, que lo diga. Estoy dispuesto a luchar contra todos, si es preciso, con tal de llevármela.

Ong, sabio y prudente, observó:

—Kania no te pertenece, Vande. Pero no seré yo quien me oponga a ti. Y Baak no puede tampoco impedírtelo. Llévatela en paz y que tus antepasados te protejan.

—Eso es prudencia, Ong. Yo respeto tu sabiduría. No invoco más que un derecho. Os di cien mujeres que pronto os darán cien hijos. En cambio, pedí a Kania y me fue negada. Pude luchar contra Baak y vencerle. Y pude haberle dejado morir. Todo eso me debe, mucho más. Vuestra tribu conocerá tiempos gloriosos. O mucho me equivoco, o en este mundo no hay tribu que disponga de metales como vosotros. Os he enseñado a luchar con mejores armas, a conseguir el trigo y el pan. También a cuidar animales y a construir herramientas. Eso es un gran adelanto. Todo eso a cambio de Kania. Ella vale más, desde luego. Pero yo la quiero y la defenderé siempre.

—Llévatela, Vande. Pero no te respondo de lo que haga Baak cuando esté curado. Si muere, nada temas. Si vive, nosotros debemos obedecerle.

—Gracias, Ong. Ahora danos alimentos y pieles. Pronto llegarán

los fríos y tanto Kania como yo necesitamos abrigarnos.

—Tomad todo lo que se os antoje. Te debemos mucho. En cuanto a Urs, nosotros nos ocuparemos de su destierro. Guárdate de él. No te perdonará que le hayas traicionado.

—No le temo. Será peor para él si se cruza en mi camino con malas intenciones.

La marcha de Vande y Kania fue espectacular.

Vande había tomado una fuerte «cov» de largos cuernos, muy dócil y mansa, sobre cuyo lomo colocó unas bolsas de piel de «bu», con alimentos y agua en odres. Pero lo más extraño fue el artilugio de largas maderas, terminando en una rueda de madera, por cuyo centro pasaba un eje de hierro, y que untó con grasa de «bu».

Aquel extraño carro sirvió para llevar las pieles, y unas largas ramas con que montar la tienda de Vande y Kania, y una especie de plataforma, en la que podían sentarse dos personas.

El fuerte animal tiraba de todo aquello con facilidad.

Y así partió la pareja para su extraña luna de miel, siendo despedido casi con lágrimas por hombres y mujeres, quienes comprendían que se iba un hombre que les había hecho mucho bien.

Incluso las mujeres «dewas», raptadas de su tribu, habían aprendido a querer a Vande. Ahora sabían que fueron utilizadas para salvar a una tribu. Y esta alta misión las llenaba de orgullo.

Por su parte, Vande y Kania siguieron un camino de caza, a la orilla del río, para luego, en los días siguientes, descender hacia el sur.

Vande tenía la vaga idea de que los grandes bosques, donde cayera su nave de exploración, se encontraban por el Sur. Sin embargo, seguir el curso de la corriente le fascinaba. Además, no tenía prisa. Acampaban allí donde les sorprendía la noche. Encendían fuego, que asustaba a los animales salvajes, aunque una noche se apagó el fuego y un gran «bu» atacó la tienda y les dio un susto terrible.

El animal fue paralizado por Vande y su piel sirvió para abrigarles y sus cuartos traseros como alimento.

Kania fue mujer el primer día, en brazos de Vande, donde conoció el amor y la felicidad. Fue compañera fiel, amante esposa, camarada y amiga. Y aprendía rápidamente el lenguaje «bathu» que él le enseñaba.

—Es necesario que nuestros hijos hablen la lengua de mi mundo. Alguna vez, mis coterráneos vendrán, porque disponen de naves fabulosas y si nosotros no existimos ya, nuestros descendientes habrán de explicarles su origen.

Se besaban con frecuencia. Y en ocasiones, cuando encontraban un paraje adecuado, se quedaban varios días allí, viviendo de la caza y

los frutos naturales, que abundaban. La pesca también les proporcionaba alimento, y Vande enseñó a Kania a cocinar distintos platos de carne, pescado y tubérculos, que sabía eran alimenticios, porque los roedores los devoraban en cantidad.

Ella aprendía con rapidez. Tenía una gran rapidez de reflejos.

—Tienes que enseñarme todas esas cosas, Vande. Estoy segura de que tu mundo es mejor que el mío.

—No lo dudes nunca.

Un día, avanzando siempre junto al cada vez más ancho río, se encontraron ante el mar. La enorme extensión de agua azul hizo pensar a Vande en que a esto se debía la coloración del planeta, porque no había comprobado aún de qué estaba compuesto el aire.

Sin embargo, su concepto de la amplitud de la Tierra se agigantó. Y sus cálculos astrofísicos le hicieron pensar que se encontraba en un mundo semejante al suyo.

¡Y hasta llegó a pensar si no se encontraba en Bathu, siglos atrás, cuando su mundo era como aquél!

—Hemos viajado tan lejos que es posible admitir el regreso al punto de partida, anticipándose al tiempo —dijo Vande—. Hay teorías en nuestras academias que parecen sustentar esta creencia. ¡Y sería increíble que tú, una antepasada mía, fueses mi mujer!

—¡Qué cosas más extrañas dices! —exclamó Kania —. Yo tampoco había visto jamás tanta agua junta.

—¿Y si nos bañáramos?

—¿Ahí? —preguntó Kania, asustada.

—Sí, donde rompen las olas. Quítate las pieles... No te avergüences de mí. Soy tu esposo.

Vande se despojó del taparrabos, donde llevaba la funda del vibrador electrónico y quedó completamente desnudo. Corrió hacia el agua y se lanzó de cabeza, emergiendo poco después para nadar plácidamente.

—¡Ven, Kania; no está hondo y la arena es fina!

Ella también se desvistió y fue hacia la orilla, donde rompían mansamente las olas en crestas de blanca espuma.

Como Kania no se decidiera a entrar, él fue a buscarla y la acompañó hasta que el agua les llegó a ambos a la cintura.

—¿Verdad que es agradable?

—Sí, ya no tengo miedo... ¿Dónde te has metido?

Por debajo del agua, él la agarró de las piernas. Ella se asustó.

Luego, rieron ambos alegremente.

Al cabo de un largo rato, regresaron a donde les esperaba la «cov» y las pieles. Fue entonces cuando Vande vio unas huellas en la arena...

Huellas de pisadas que no eran suyas.

Se sobresaltó.

Miró a su alrededor, sin ver a nadie.

Pero cuando tomó sus pandas, vio que el vibrador electrónico había desaparecido. Allí sólo estaba la funda y el taparrabos. Se lo colocó sin decir nada.

Pero el cambio de su expresión alarmó a Kania.

—¿Qué te ocurre?

—Alguien nos ha espiado... ¡Alguien que conoce el secreto de mi cuchillo! ¡Alguien que ha podido seguirnos todos estos días y ha aprovechado el momento para quitarme el arma!

—¿Urs?

—Sí, Urs —se oyó gritar a una voz entre las rocas.

Al volverse, ambos vieron al hijo de Ug, empuñando un arco. Y en su semblante había una sonrisa de triunfo.

CAPÍTULO VII

—¡No tires, Urs! —gritó Kania, situándose delante de Vande, en el instante mismo en que el arco se distendía y la saeta, con punta de hierro, era lanzada con violencia.

Vande gritó, dispuesto a correr hacia Urs, antes de que éste tuviese tiempo de colocar otra saeta en el arco.

Pero el alarido angustioso de Kania le paralizó.

La muchacha se desplomó pesadamente al suelo, aferradas sus dos manos al instrumento de muerte que se le había hundido profundamente en el pecho.

Aquello desmoralizó a Vande. Ya no pensó en Urs, sino en Kania. Se arrodilló a su lado, gimiendo.

—¡Kania, mi vida! ¿Por qué has de ser tú? ¿Por qué tú y no yo?

Por su parte, Urs también se asustó de lo que había hecho.

Y temiendo que Vande pudiera seguirle y matarle, dio media vuelta y se alejó corriendo.

Vande no le siguió. Estaba demasiado preocupado por Kania, de cuyo pecho desnudo brotaba la sangre.

Los ojos de ella, empero, estaban abiertos y le miraban tristemente, con expresión de inmenso dolor.

—Tú debes vivir, Vande... Tienes que volver con tu tribu... allá arriba... en las estrellas... Yo iré al encuentro del espíritu de mi madre y le diré que... que he sido muy feliz contigo.

—¡No morirás, Kania! ¡Yo no dejaré que tú mueras!

—No puedo verte... Tus facciones se me borran... Me muero...

Por unos momentos, Vande se abandonó a su infortunado destino. Sostuvo en brazos a Kania, tratando de insuflarle un hálito de vida, mientras su nublada vista se perdía en la distante línea del horizonte marino.

Pero pronto reaccionó. Era necesario hacer algo por ella. No podía dejarla morir, sin ayuda. Tenía que luchar por la vida de la mujer que amaba.

Por eso apretó los labios con fuerza, rechazando la debilidad y la desesperación, y tendió a Kania en el suelo, boca arriba.

Pensó que, si arrancaba la flecha, la hemorragia sería mayor. Además, por la posición del instrumento, calculó que debía estar muy

cerca del corazón. Si Kania no había muerto ya, poco le faltaba.

Era necesario extraer la flecha y a esto dedicó su empeño. Tenía que hacerlo y lo hizo, arrancándola de la carne de un tirón fortísimo. Arrojó luego a un lado la ensangrentada saeta y taponó la herida con su propia mano.

Luego, se inclinó sobre el rostro de Kania y le abrió la boca, uniendo sus labios a los de ella, para inhalar aire e insuflárselo en sus pulmones.

La respiración artificial, boca a boca, duró más de media hora. Vande sabía que mientras estuviese alentándola, Kania viviría. Era preciso luchar contra la muerte, vencer la crisis, conseguir que la hemorragia se detuviera.

Y ni un momento dejó de taponar la herida con la mano, aunque parte de la sangre de su amada se le escapaba por entre los dedos.

De aquel modo desesperado fueron transcurriendo los minutos. Vande no tenía a mano ningún medicamento, ni vendaje adecuado, ni nada que pudiera servir para el caso. Sólo estaba él, su boca y sus manos, tratando por todos los medios de que Kania no muriera.

Y su pensamiento también estaba empeñado en la lucha. Su voluntad inquebrantable le ayudaba, incansablemente.

Jamás podría decir el tiempo que estuvo empeñado en aquella contienda contra la muerte. El día empezó a declinar y las tinieblas se extendieron sobre la playa.

Sólo se apartó de Kania el tiempo suficiente para retirar las pieles de la impasible «cov», que pastaba a escasa distancia, y envolver en ellas el cuerpo de Kania y el suyo, permaneciendo así, abrigados ambos hasta que amaneció un nuevo día.

Con las primeras luces del alba, Vande descubrió que la herida de Kania ya apenas sangraba, y que su respiración, aunque débil, continuaba.

Sólo entonces la dejó descansar, para ir en busca de ramas secas, hojarasca y piedras, y para tratar de encender fuego con los procedimientos más primitivos que conocía: frotando vigorosamente dos palos.

En otras circunstancias, cualquier hombre habría acabado extenuado de aquella tarea. Pero Vande, animado por un desesperado deseo de ayudar a Kania, necesitaba fuego y lo consiguió en pocos minutos. La frotación ejercida por sus manos era tan rápida que pronto empezó a brotar humo de los palos. Sin dejar de frotar, sopló con fuerza y, al fin, las primeras chispas cayeron sobre la hojarasca seca.

Hecho esto, su ardor pareció transmitirse al fuego, que enseguida

se incrementó. Y entonces, Vande activó con rapidez el fuego, buscando más leña y raíces.

En el ingenioso carro de una sola rueda, entre pieles, llevaba vasijas de cobre, oro y barro. Vande vertió agua de un odre en una vasija de barro cocido. Luego, con otro recipiente, fue a la «cov» y la ordeñó, obteniendo unos litros de blanca leche, que calentó después al fuego.

Más tarde, con hojas verdes de higuera, hervidas previamente, se dedicó durante un rato a limpiar la herida de Kania.

La muchacha seguía sin conocimiento, y esto ayudó a Vande, quien tenía cada vez mayores esperanzas de salvar la vida de su amada, aunque no contaba allí ni con lo mínimo imprescindible.

Sin embargo, el fuego representó una gran ayuda para él, porque le permitió esterilizar el agua y las hojas que luego colocó sobre la herida, para que no se infectara.

Hecha aquella cura y observando que Kania continuaba tranquila, se dedicó a buscar un lugar abrigado de los vientos marinos, para instalar su campamento. También pensó entonces en Urs y temió que pudiera volver. Por ello, como ahora carecía de su cuchillo vibrador, se confeccionó en pocas horas un arco, que, con la flecha que extrajera de la herida de Kania, podían servirle para defenderse. Tenía además varios cuchillos de hierro, que utilizaba para la caza, así como un machete que él mismo había afilado, con objeto de abrirse camino en la selva.

Con estas herramientas y sus brazos, se hizo el arco, el cual tuvo siempre al alcance de la mano. Montó la tienda de pieles y protegió en su interior a Kania.

Terminadas estas tareas, se sentó a esperar el momento decisivo. Kania podía morir en cualquier momento. La crisis no se había producido aún. Entonces, la enferma debía luchar sola. Sería su organismo contra la muerte. Él no podía hacer nada más.

—¡Dios mío y de todos los seres del Universo, ayúdala…! ¡Te lo ruego, Señor!

* * *

La lucha de Kania contra la muerte comenzó dos días después, y fue un forcejeo sobrehumano, al que se unió, en favor de ella, la voluntad y el deseo de Vande.

No le faltó a Kania alimento líquido. Vande sabía la importancia de la nutrición para favorecer las defensas del organismo. Un cuerpo debilitado poseía pocas esperanzas.

Por esto la hacía beber leche y caldo de carne, hecho hervir durante horas en el recipiente de barro. Kania no quería abrir la boca, pero él le tapaba la nariz, obligándola a ingerir el líquido alimento.

Varias veces al día, Kania era obligada a tomar su caldo caliente.

Y, por fin, la crisis cedió, el pulso se hizo más uniforme y la respiración menos entrecortada. Vande comprendió entonces que las posibilidades de supervivencia aumentaban.

Y, efectivamente, un día después, a media tarde, Kania abrió los ojos y miró a su esposo.

—Vande —musitó con voz débil.

—¡Gracias a Dios, Kania!

—¿Cómo estás?

—Yo estoy muy bien. Lo importante es saber cómo estás tú.

—Oh... Me encuentro muy cansada.

Lo creo. Pero pronto te repondrás. Voy a darte de beber un cuenco de leche.

—No quiero tomar nada.

—¡Tienes que hacerlo! ¡Hace cinco días que te debates entre la vida y la muerte! ¡Y no puedes morirte ahora!

El la ayudó a incorporarse y le sostuvo el cuenco ante los labios. Cuando terminó de beber, Kania musitó:

—Gracias, Vande.

—Ahora descansa y duerme.

—¿Y Urs?

—Se fue.

—¿No le seguiste?

—No. Tenía que cuidar de ti.

—Yo debía estar muerta.

—No para mí, amor mío.

—Vande, bésame, por favor.

El la complació y ella se durmió con el sabor de los besos de él en sus labios.

Al día siguiente, cuando despertó de nuevo, estaba mucho más animada. Y Vande le había preparado un opíparo almuerzo, a base de huevos de gallinácea Silvestre, filetes de jamón de «bu» asados, tortas hechas con harina de trigo y fritas en grasa de «jeb», así como frutas y algo enteramente nuevo para ella: ¡café con leche!

Al probarlo, Kania preguntó:

—Vande, ¿qué es esto?

—¡Ah, un néctar que te tenía preparado! Es leche de «cov», semillas tostadas de cafeto y miel de abeja. He encontrado una colmena entre las cañas. Este mundo tuyo es maravilloso. Todo

abunda en la naturaleza de modo natural y silvestre. Parece como si mis antepasados hubiesen venido aquí hace siglos y echado las semillas de todo lo que tenemos en Bathu. El café es muy apreciado allí, y se cultiva en grandes plantaciones.

—¿Y cómo sabes tantas cosas?

—Porque he pasado muchos ciclos solares en la escuela, estudiando. Fui preparado para astronauta.

—¿Qué es eso?

—Hombres que navegan por el espacio, por los cielos, de un mundo a otro.

—¡Ah, en la nave que te trajo aquí!

—Exactamente.

—Y en tu mundo, los seres no luchan entre sí.

—No. Antiguamente, sí lo hacían. Pero ya hace siglos que se acabaron las guerras. Ahora, todos colaboramos en el bienestar común.

—¿No hay personas como Urs?

—No. Y si alguna persona quiere hacer daño a otra, se la encierra en una casa de salud. Allí se la atiende y se le borra de la memoria el deseo de hacer daño. Cuando sale y vuelve con los demás, es un ser humano completamente distinto.

—¿Está Urs enfermo?

—Sí. Es un trastornado mental.

—¿Le curarás de su enfermedad?

—Aquí no puedo hacerlo. Además, son especialistas los que curan esas enfermedades mentales. Lo que haré, cuando le encuentre, será abrirle la cabeza a golpes y dejarle inútil para siempre. Luego le quitaré mi cuchillo, con el que es capaz de obtener más daño que beneficio.

—Urs es malo. Debes impedir que ocupe el sitio de Ug.

—No sé si es conveniente volver en busca de Urs, Kania. Nosotros somos libres. El mundo es nuestro. Y mi cuchillo, después de todo, no es gran cosa. Lo único que me gustaría es encontrarme con mis compañeros.

—Pero tú mismo has dicho que quizá no vengan nunca.

—No quiero pensar en eso.

—Escucha, Vande. Has estado a punto de perderme. En realidad, yo estaba muerta ya. Tú me has salvado la vida, porque eres un mago muy sabio. Y eso es importante. Hay tribus, como la nuestra, que viven luchando entre sí continuamente. Son salvajes, como tú dices.

—Yo no puedo impedir eso.

—¡Sí, tú puedes, Vande! ¡Tú puedes volver con los hijos de Ug,

castigar a Urs y hacer que Baak te respete, y si no lo haces, peor para él! Escucha, Vande, Yo he visto a mi padre cuando estaba muriéndome. O quizá estaba muerta y tú me devolviste a la vida, no lo sé. Pero mi padre me acarició y me habló. Tú no has conocido a Ug, yo sí. Era sabio, prudente, justo, bondadoso y recto. Baak no es como él. ¿Y sabes lo que me dijo mi padre?

—¿Qué fue lo que dijo, Kania?

—Me habló de ti. Dijo que los dioses de sus antepasados te habían enviado hasta nosotros para salvarnos, que tú debías ser el jefe de todas las tribus de este territorio.

—¡Eso no puede ser! Soy un extraño y no puedo quitar a Baak o a otros lo que por derecho les corresponde.

—Ese derecho te corresponde por muchos motivos. Vande. En primer lugar, eres más fuerte y más sabio que nosotros. En segundo lugar, te has unido a mí, que soy hija de Ug, y de nosotros vendrán hijos que serán nietos de Ug. Ese es tu derecho.

»Pero mi padre me dijo más cosas. Me acariciaba el cabello con sus manos huesudas y decía: "Tu esposo unirá a todas las tribus en un gran pueblo. Cada jefe seguirá gobernando a los suyos, pero todos le obedecerán a él, porque es el más sabio y los llevará a un lugar sano, donde abunda la caza. Él sabe cómo conseguir que todos tengan alimentos siempre».

Poco a poco, mientras escuchaba, Vande se iba compenetrando con las palabras de su esposa. Y comprendía que Kania estaba en lo cierto. Aquello que Kania decía, como por boca de su difunto padre, era algo que estaba dentro de sus posibilidades. Él no había nacido en la Tierra, pero venía de un mundo mucho más civilizado, cuyo antecedente histórico parecía ser idéntico al de aquel mundo donde se encontraba.

—¿Estás segura de que tu padre te dijo eso? ¿No sería un sueño o una invención tuya?

—No, Vande. Me lo dijo Ug en persona.

—Los muertos no hablan con los vivos, Kania.

—Yo también estaba muerta. Entre tú y él habéis devuelto mi vida, para que yo pueda explicarte cuál es el deseo de mi padre.

—Escucha, Kania. Primero vas a ponerte buena del todo. Come mucho y cúrate. Luego, regresaremos con tu tribu. Tengo que recuperar mi cuchillo. Es un arma muy peligrosa en manos de un sujeto como Urs. Y, desde luego, creo que tienes razón. Es mucho lo que puedo hacer por el progreso de estas tribus cavernícolas. Y si alguna vez llegan mis compañeros, se encontrarán que la semilla dejada por mí ha fructificado. En vez de salvajes, encontrarán seres

civilizados.

—Gracias, Vande. Eres muy bueno… Sé que conseguirás éxito. Los jefes de las otras tribus te seguirán. Mi padre dijo que hasta los sanguinarios «uks», que devoran a sus víctimas y sorben sus cerebros, te acatarán como Gran Patriarca.

—¡Y desterraré de ellos esas costumbres caníbales! —exclamó Vande, entusiasmado —. Enseñaremos a todos la escritura bathu. Los niños irán a la escuela y formaremos maestros que enseñen lo que yo aprendí. No sé si vuestro coeficiente de inteligencia está desarrollado o no, pero tú me pareces una criatura magnífica, con ganas de aprender pronto.

—Lo hago porque te quiero, Vande. Y todos te querrán como lo hago yo, porque eres bueno, justo y la magia que has traído contigo es buena.

Vande sonrió.

—No he traído nada, excepto el cuchillo que Urs me ha quitado. Todo lo demás lo he encontrado aquí. Por esto pienso que Dios guió mis pasos hasta este planeta, porque quería que os ayudase.

Después, Vande y Kania estuvieron haciendo planes y proyectos. Todo cuanto él decía le parecía maravilloso a ella.

—Y construiremos viviendas, haremos tejidos… ¿Sabes lo que habría dado yo por una gasa de algodón, cuando estabas allí, tendida en la arena, desangrándote?

Y Kania creía estar escuchando algo extraño y sumamente maravilloso.

CAPÍTULO VIII

No emprendieron el regreso hasta pasados suficientes días para que Kania estuviese restablecida. Se había curado, aunque en su pecho quedaba la lívida cicatriz que el viento y el sol iban terminando de endurecer.

Vande realizó con su mujer un reconocimiento singular, que consistió en hacerle ingerir un vomitivo silvestre. Luego, le hizo tomar hierbas hervidas, la obligó a caminar, a subir pendientes, incluso a correr.

Después de estas comprobaciones, le dijo:

—Ahora estoy seguro de que estás de nuevo en condiciones como antes. Por tanto, mañana emprenderemos el regreso hacia el lugar donde están tus hermanos de raza.

—¿Qué intenciones tienes respecto a Urs?

—Debe ser castigado. Es una amenaza para todos. Pero seré justo con él. No te preocupes.

Kania no contestó. Y, al día siguiente, por la mañana, ayudó a Vande a recoger el campamento. Poco después emprendieron el regreso, que sería largo, a juzgar por los días que tardaron en llegar a orillas del mar.

No tenían prisa, sin embargo. Vande parecía querer demorarlo. No estaba muy seguro de que su vuelta fuese acogida con entusiasmo.

Según sus cálculos, si Baak no había muerto, ya estaría curado y Xod, siguiendo sus instrucciones, le habría quitado el yeso. Pero temía Vande que Urs hubiera vuelto y, valiéndose del cuchillo vibratorio, hubiese logrado dominar a los demás.

Vande no había explicado nunca a nadie cómo se accionaban los contactos del mango de su vibrador electrónico. Los nativos no comprendían que una simple batería de sílice, colocada en el mango, pudiera accionar los circuitos electrónicos del instrumento, despidiendo descargas eléctricas que paralizaban determinados centros nerviosos del cerebro.

Otro pulsador hacía surgir el rayo de fuego. Y un tercero permitía fundir los más sólidos metales.

El «arma» había sido ideada como herramienta auxiliar de los astronautas de Bathu, dado que con ella podían realizar numerosos

trabajos mecánicos y electrónicos.

Vande la había llevado consigo, en su funda, por ser la única arma-herramienta que pudo salvar del desastre. Había dispuesto utensilios mejores, tanto para cauterizar como para fundir metales. Pero todos se habían perdido, como se perdieron los rifles electrónicos, las pistolas de rayos iónicos y las granadas deflagrantes.

El cuchillo vibrador, por lo tanto, en poder de Urs, que desconocía sus distintas aplicaciones, podía ser peligroso, pero sin duda entre sus hermanos de tribu le daría un gran prestigio.

—¿Qué puede hacer Urs con tu cuchillo? —preguntó Kania una vez, durante el viaje de regreso.

—El mango tiene un dispositivo de resortes. Depende de cómo se use, para que el efecto sea vibrador, fundidor o, simplemente, le reviente en las manos. Sólo yo sé manejarlo.

—No lo entiendo. Pero esa herramienta interesaba mucho a Urs. Por eso nos siguió durante días, permaneciendo siempre oculto, hasta que encontró la oportunidad de hacerse con ella.

—Efectivamente. Y con ella habrá regresado a la tribu.

—Pronto lo sabremos.

Sin embargo, cuando estaban cerca del lugar donde moraba la tribu de Ug, escucharon gritos de hombres y rugidos espantosos de «mutz» entre las malezas.

—¡Los hombres de tu tribu están de cacería! —exclamó Vande.

—Se encuentran detrás de aquellos árboles —señaló Kania.

—Debemos ocultarnos. Eso me permitirá acercarme, sin ser visto, y poder hablar con alguien antes de llegar al poblado. Espera aquí, Kania.

Kania se ocultó entre los matorrales, llevando consigo la «cov» y sus arreos de transporte, mientras que Vande, provisto del machete de afilada hoja y del arco y las flechas que se había hecho, se adentraba entre la maleza, en dirección a donde tenía lugar la cacería.

En la caza del «mutz» participaban siempre unos veinte o treinta hombres, armados de largas lanzas. El gigantesco proboscídeo era agresivo y feroz. Tanto su larga trompa como sus colmillos y sus patas representaban un peligro para los cazadores, los cuales debían atacar y retroceder, procurando ponerse fuera del alcance del animal.

Los hombres atacaban al «mutz» porque su carne era buena. Además, creían con ello adquirir el vigor de su enemigo. Los colmillos los utilizaban para hacerse puntas de lanza y para confeccionarse herramientas y hacer estatuillas.

Vande había participado algunas veces en la caza del «mutz». Al preguntar por qué le atacaban, los hijos de Ug respondían siempre:

»—Si no le atacamos, él nos ataca a nosotros. Además, nos proporciona carne en abundancia.

Ahora, los miembros de la tribu de Ug utilizaban lanzas de punta de hierro. Vande pudo ver primero al «mutz», rugiendo en medio de la espesura y agitando las lanzas que llevaba clavadas en sus costados.

Pero también vio, con horror, cómo la trompa del animal se alzaba, llevando prendida de ella a un hombre, al que lanzó a varios metros de distancia.

La vegetación, sacudida por hombres y animal, parecía un mar verde en continua agitación. Vande, que no quería ser descubierto, se deslizó en cuclillas, hasta que vio a un individuo, medio desnudo, inclinado junto a un árbol, tratando de atar apresuradamente una punta de lanza a una larga caña de bambú.

Aquel individuo era Kok. Tenía el cuerpo arañado y parecía febril.

Vande se acercó a escasa distancia. Kok se volvió, de pronto, echando mano a un venablo que tenía a su lado. Pero, al reconocer al hombre rubio, su semblante se demudó y quedó atónito.

—¿No esperabas verme, Kok? —preguntó Vande.

—No... Creí que estabas muerto.

—Ven, Kok; sígueme. Quiero hablar contigo y no deseo ser visto por los otros.

Kok abatió su venablo y se acercó, llegando incluso a tocar el rostro y los hombros del aparecido, como si no pudiera creer en su corporeidad.

—Nos dijo Urs que habías muerto.

—¡Urs es un hombre malo y maldito! —masculló Vande.

Esta declaración hizo abatir la cabeza a Kok, con pesadumbre.

—La verdad está en tu boca, Vande.

—Urs nos siguió a Kania y a mí, y aprovechó el momento en que estábamos bañándonos para arrebatarme el cuchillo de fuego.

—¡No es eso lo que él nos dijo!

—¿Qué os ha dicho?

—Que tú habías muerto, junto con Kania, atacados por el terrible y fiero «jeb» gigante, el de los colmillos verdes. El oyó vuestros gritos y corrió a salvaros, pero ya era tarde. Kania estaba muerta y tú agonizabas. Dijo que tú le diste el cuchillo de fuego y le ordenaste volver a comunicar la noticia. Terminó diciendo que él era el jefe de la tribu, porque poseía tu arma mágica.

—¿Y Baak?

—Está muy débil y no puede llevarnos de caza. Se ha refugiado en el interior de la gruta, de donde apenas sale. Ahora, nuestro jefe es Urs.

—Me lo suponía. Pero debisteis recordar que Urs era un desterrado.

—Sí. Volvió sólo para comunicarnos vuestra muerte.

—¡Falso y embustero! Disparó una flecha de hierro contra Kania, para matarla.

—¿Está muerta Kania? —se asombró Kok.

—No. Mi magia y el espíritu de su padre la hicieron volver a la vida. Por eso hemos regresado. Urs tiene que ser castigado por su maldad y yo me encargaré de ello.

—¡Tiene tu cuchillo de fuego!

—¿Sabes si lo ha utilizado?

—Sí —contestó Kok, tristemente—. Destruyó el horno de hierro que tú construiste. Ahora, el cuchillo mata. El fuego que sale de su punta es como una lengua larga y blanca que quema y aniquila. Fulmina a los animales, haciéndoles un agujero en el cuerpo.

«—También mató a Xod.

—¡No! —exclamó Vande, comprendiendo que Urs había encontrado el más peligroso y dañino uso del cuchillo vibrador.

—Xod era joven e impetuoso. Insultó a Urs y le amenazó. Dijo que él no podía ser jefe de tribu y le retó a luchar sin armas o utilizando sólo hachas de piedra.

«Urs respondió que él era el jefe, por deseo tuyo y, para demostrarlo, utilizó tu arma para matar a Xod, haciéndole un negro orificio en el pecho.

—¡Maldito sea el fratricida! ¿Está ahora con los cazadores?

—No. El nunca viene con nosotros. Permanece en la gruta, con sus mujeres. Sólo come y bebe, pero no es como Ug. No le queremos y le tememos.

—Yo le quitaré el cuchillo y le retaré. Tendrá que decir la verdad delante de todos. ¿Quieres ayudarme, Kok?

—Sí, desde luego.

—Escucha. Debes volver con tus hermanos. Esta noche, iré a la gruta. Los hombres que vigilan deben ser amigos y no dirán nada cuando me vean llegar. Iré con Kania. Tú debes esperarme en la oscuridad, para acompañarme hasta donde duerme Urs. Una vez le haya quitado el cuchillo, le despertaré.

—De acuerdo, Vande. Lo haré.

—Sobre todo, que Urs no sepa nada. Si sospecha algo, estará despierto y con el arma en la mano. No debes decir nada a nadie, excepto a los que vigilan el camino de acceso a la plataforma. ¿Entendido?

—Sí, Vande. Veré con mucho gusto cómo castigas al malvado.

—Ahora vete. No hables con nadie hasta que llegue la noche, y sólo con los hombres de la vigilancia.

—Sí.

Cuando Kok se alejó corriendo, Vande retrocedió para volver donde estaba Kania esperándole con ansiedad. Una vez allí, explicó a su mujer la conversación sostenida con Kok, y ella asintió.

—Todo me parece muy bien. Pero ten mucho cuidado.

Vande omitió deliberadamente lo que Kok le había dicho sobre la muerte de Xod.

* * *

Aquella noche, después de permanecer todo el día ocultos, Kania y Vande, sin más objetos que sus armas, avanzaron hacia el vado del río, para subir por el camino que conducía a la plataforma elevada, en donde residía la tribu.

Se movieron como «aants» en las sombras, sin hacer ruido, ni chapotear en el agua.

—Tú te quedarás con los hombres de la guardia, mientras yo voy con Urs. Si sucediera algo, debes escapar velozmente y tratar, por todos los medios, de ponerte en contacto con mis compatriotas del cielo. Ellos te ayudarán —había dicho Vande.

Pero Kania no quería pensar siquiera en un fracaso. Estaba segura de que el espíritu de su padre, el anciano Ug, acompañaría a Vande en su importante misión.

Cuando llevaban recorrido la mitad del camino, una sombra se destacó en la oscuridad. La voz de Kok llegó hasta ellos.

—¿Vande? —susurró.

—Soy yo.

Kok se acercó.

—Ong y Deer están de guardia arriba y nos esperan. Nadie sabe nada.

—Kania se quedará con ellos y nosotros iremos hasta donde duerme Urs.

—Sí. Vengo de allí. He comprobado que duerme entre sus mujeres.

—Pues no perdamos tiempo, Kok. Vamos.

Terminaron de subir hasta llegar a la plataforma. Allí, efectivamente, Ong y otro miembro de la tribu, llamado Deer, se encontraban de guardia. Aquel era el único paso fácil desde el río, y debía ser vigilado contra una posible incursión de fieras o miembros de otra tribu enemiga.

Tanto Ong como Deer saludaron a Vande y Kania, en voz baja.

—No perdamos tiempo —apremió Kok—. Vande sabe manejar su propio cuchillo. Él se lo quitará a Urs.

—Sí, no temáis.

A buen paso, Vande se dirigió hacia la entrada de la gran gruta Había algunas hogueras medio apagadas. Kok se cuidó de no añadir más leña, para evitar que alguien que estuviese despierto pudiera ver la llegada de Vande y sus gritos despertaran a toda la tribu.

Se oía el llanto de varios niños que salía de las otras grutas más pequeñas. Y esto hizo sonreír a Vande.

Sin embargo, no habló. Kok caminaba a su lado, Pisando la tierra con sus sandalias de piel de «bu». En la mano llevaba un venablo afilado.

En la entrada de la gruta había encendida una hoguera Alguien estaba arrodillado intentando avivarla. Kok susurro al oído de Vande:

—Espera aquí. Voy a ver quién es.

Era una mujer, que se había levantado para calentar agua y estaba animando el fuego.

—¿Qué haces? —le preguntó Kok._

—Tengo que lavar a mi hijo, como me enseño el mago rubio antes de irse para no volver —contestó la mujer.

—Vuelve con tu hijo. Yo te llevaré el agua —contestó Kok.

—Gracias, Kok. Mi hijo será algún día un buen guerrero como tú.

La mujer se fue, y Kok hizo señas a Vande para que se acercara.

—Vamos. Creo que no hay nadie más a la vista.

Penetraron en la gruta con sigilo. Fue Kok quien indicó el lugar donde yacía Urs, sobre un amplio lecho de pieles de todas clases, rodeado de brasas. Urs se hacía colocar carbones encendidos cerca de donde descansaba, para tener caldeado el ambiente.

Y a la débil luminosidad de las ascuas, Vande comprendió lo difícil que era acercarse a donde yacía Urs, dado que diez o doce mujeres se hacinaban bajo las pieles, en torno a él

«—¿Dónde tiene Urs el cuchillo? —había preguntado Vande a Kok poco antes de entrar.

«—Como tú, al cinto. En una funda de piel de «vaek».

—Aguarda aquí —susurró Vande.

Avanzó, bordeando las brasas, adosado al muro rocoso Bajo las pieles, los cuerpos se agitaban, como inquietos. Parecía como si presintieran que la tiranía impuesta por Urs iba a terminar pronto.

Vande no quería correr riesgos. Si Urs se despertaba y lograba empuñar el puñal vibratorio, su vida se vería truncada allí mismo. El arma era fácil de manejar. Sólo tenía que presionarse un resorte del mango.

Algunas mujeres «dewas» yacían con la cabeza tapada. Otras sacaban piernas y brazos fuera de las pieles. Vande percibió perfectamente sus cuerpos a la débil luz.

Buscaba a Urs, cuyo bulto, creyó adivinar, más que ver debajo de algunas pieles, una de las cuales era blanca. Y cuando se acercaba, tuvo la desgracia de pisar la mano a alguien.

Un grito brotó de una garganta. Las pieles se agitaron y emergió la revuelta cabellera de Urs, confundida entre las pieles.

En aquel mismo instante, Vande atacó, ya sin precaución alguna y sin preocuparse de despertar a los demás. Era la mandíbula de Urs la que buscaba y la que golpeó con toda la fuerza que pudo desarrollar.

En las sombras, medio dormido, Urs encajó el golpe, revolviéndose con ferocidad, a la vez que sacaba los brazos para defenderse del súbito e inesperado ataque.

—¡A muerte! —gritó Kok, saltando también hacia delante.

Urs creyó que se trataba de una conjura y, mientras recibía varios impresionantes golpes de Vande, trató de desenvainar el cuchillo para defenderse con él, aunque fuese matando a quemarropa.

Vande le sujetó los brazos por la espalda y le derribó, poniéndose a horcajadas sobre sus espaldas. Al mismo tiempo, las mujeres, despertadas por el revuelo y los gritos, salían huyendo, sin detenerse siquiera a pensar en los carbones encendidos que cubrían el suelo.

Sus gritos lo invadieron todo, despertando a los durmientes en distintos lugares de la enorme gruta. Pero no lograron impedir que Vande, en su furia vengativa, presionando terriblemente, llegase incluso a romper un brazo a Urs, cuyo rugido de dolor pareció hacer temblar el techo de la caverna.

Un instante después, triunfante, Vande se ponía en pie, empuñando el arma que el otro le había arrebatado con malas artes.

—¡Debería matarte, Urs! —gritó Vande, furioso— ¡Es lo que mereces por el daño que hiciste a Kania!

—¡Vande vive! ¡Vande vive! —se oyó gritar por doquier.

Kok se acercó y apuntó con su venablo al pecho del caído Urs.

—¡Nos mentiste! ¡Vande ha vuelto con Kania, y nos lo ha contado todo! ¡La tribu te hará un círculo muy hondo en la frente!

—Nada de marcar a nadie —rechazó Vande—. Ahora, Urs está indefenso. Creo que le he fracturado un brazo. Debemos curarle y luego decidir lo que vamos a hacer con él.

Efectivamente, Urs se retorcía de dolor en el suelo.

Fue preciso sacarlo al exterior, donde alguien avivaba ya las hogueras, que iluminaban la entrada de la gran gruta. Vande hizo presión sobre el brazo de Urs y los trozos de hueso volvieron a su

lugar. Con unos palos cortos, mientras Urs estaba sin sentido, le entablilló el brazo.

Mas no había terminado Vande de realizar su obra, cuando alguien se abrió paso por entre los hombres y mujeres que se habían reunido en un gran círculo.

Aquel individuo era Baak, y caminaba ligeramente encorvado.

—Vande, estás maldito —dijo—. Yo haré que mi tribu te destroce el cuerpo y te arroje a las fieras.

—¿Qué dices, Baak? —preguntó Vande.

—¡Estás maldito! ¡Me quitaste a Kania y ahora has vuelto! ¡Tengo que matarte!

—No, Baak. He vuelto porque mi lugar está aquí, con vosotros. Kania es mi mujer, y será la madre de mis hijos. Urs la hirió de muerte y yo la he salvado.

CAPÍTULO IX

En verdad, Baak ofrecía un aspecto lamentable, inclinado sobre el lado izquierdo. Había envejecido mucho durante su enfermedad y parecía estar minado por algún desconocido mal interno.

Alzaba su flaco brazo al aire, como si tuviese una lanza en la mano, con la que descargar su furia sobre Vande.

—¡Nadie puede quitar una mujer al patriarca! ¡Y tú lo has hecho! ¡Por eso tienes que morir, junto con Kania, y tus restos deberán ser abandonados en el bosque, para que se los coman las fieras!

—¡No! —gritó Kok, avanzando e interponiéndose entre Baak y Vande, mientras los restantes miembros de la tribu, en su mayoría mujeres, retrocedían, asustados.

Ahora, las llamas de la hoguera crepitaban con fuerza y su luz proporcionaba sombras dantescas.

Urs continuaba en el suelo, inconsciente.

—Tú no eres nuestro jefe, Baak. ¡Te dejaste quitar el mando por Urs...! ¡Y Vande ha vencido a Urs! ¡Vande será nuestro jefe!

—¡No, los espíritus de nuestros antepasados nos maldecirán siempre, y jamás podremos reunimos con ellos! ¡Urs es de los nuestros, pero este hombre es un extraño! ¡Y jamás un hombre de otra tribu ha gobernado a los hijos de Ug!

—Escucha, Baak —dijo ahora Kania —. Yo he hablado con Ug. Yo estuve en la región de los espíritus. Y mi padre, que es también el tuyo y de todos nosotros, me ordenó que volviera aquí. No me reprochó el haberme ido con Vande. Me dijo que un extraño que se casa con una de sus hijas se convierte en hijo también.

»Me dijo que necesitamos a Vande, porque es sabio y justo, y porque llevará a nuestra tribu hasta un gran poblado, donde tendremos alimentos siempre, incluso en los tiempos fríos, en que la caza no abunda. Ug me dijo que Vande uniría las tribus de este territorio y nos aconsejaría a todos con su profunda sabiduría.

—¡Tú eres una desterrada, Kania! —exclamó Baak—. Te fuiste de mi lado. Me abandonaste. No tienes derecho a volver... ¡Y menos decir esas cosas extrañas e insultantes para nuestro padre! ¡Los muertos no hablan jamás con los vivos!

—Kania ha estado muerta —dijo Vande—. La mató Urs. Él os lo dirá. Y todos podréis ver la cicatriz que la flecha hizo en su pecho.

—¡Los muertos no vuelven, ni hablan con los vivos! —gritó Baak.

—Mi poder se unió al del espíritu de Ug. Y por eso ha podido volver. Tú también estabas muerto, Baak. Pero mi poder te curó. ¿O es que no lo recuerdas? ¿Tan profundo es tu rencor hacia mí, que no agradeces lo que hice por salvar tu vida? ¡Habla, Baak; contesta a mi pregunta!

—No te debo nada. Lo que hiciste conmigo me hizo sufrir mucho. Y ahora he quedado lisiado e inservible para la lucha. Eso es lo único que te agradezco. Soy un tullido, gracias a ti.

—Lo siento, Baak. No era ésa mi intención —dijo Vande con tristeza en su voz—. Pero incluso los lisiados tienen curación. Yo puedo corregir tu defecto, si me lo permites. Tuve que irme porque Kania me necesitaba. No pensaba volver, porque pertenezco a otro mundo, mucho mejor que el vuestro.

»Pero he reflexionado. Necesitaba libraros de la opresión de Urs, quien ha matado con mi cuchillo. Y pese a haber matado a un hermano, le habéis acatado, por miedo.

»Ahora lo veis ahí, impotente. Ahora tenéis que daros cuenta de mi fuerza. Yo os enseñaré a vivir de otra forma mejor. Yo os daré luz que no quema, industria, bienestar y alimentos.

»Por eso he vuelto. No soy egoísta, ni ambiciono el poder entre vosotros. Sólo quiero daros una vida mejor. Deseo que vuestros hijos salgan de la ignorancia y que sepan curar sus enfermedades y defenderse de las grandes fieras.

»Os enseñaré a construir pueblos seguros. Tendréis campos donde sembrar el trigo que os dará el pan. Y vuestros cuerpos se cubrirán con telas mejores que las ásperas pieles.

»Por todo eso he vuelto. Y por mucho más. Haré que se unan las tribus en un gran pueblo, y todos seréis hermanos. Los "dewas" y los "uks" vivirán con vosotros, y sus hijos serán vuestros hijos. Y sus nietos serán vuestros nietos. Y todos juntos iremos a tierras fértiles y seguras, donde nunca faltará el alimento.

Baak había callado, mirando a Vande, que parecía un iluminado.

Todos escuchaban aquellas palabras con emoción. Lo que Vande estaba diciendo era nuevo. ¿Cómo podían vivir ellos con los «uks», que devoraban a sus víctimas?

—Yo respetaré a los jefes de cada tribu. Tú serás curado, Baak, y gobernarás a los hijos de Ug con justicia. Yo sólo seré el consejero, porque vengo de un mundo mejor que éste. Y os dictaré leyes, y os enseñaré a hacer justicia. ¿Por qué no habéis de ser vosotros igual que nosotros, si estamos hechos de la misma materia? ¿Me comprendes, Baak? ¡He vuelto porque quiero ayudaros!

—Si lo que dices es cierto, devuélveme a Kania. Es mía y me

pertenece.

—¡Eso jamás! Tú puedes tener todas las mujeres que quieras. Es tu absurda ley y no quiero inmiscuirme en ella. Pero Kania será mía. Y lo justo es que cada hombre tenga una sola mujer. Así lo quiere Dios, que es dueño y señor de todas las cosas.

—Esas costumbres es para que nuestros hijos sean siempre hijos directos de nuestros antepasados —replicó Baak.

—¡Pero es una aberración monstruosa, un error que cometió, por ignorancia, alguno de vuestros antepasados! ¡Lo que estáis haciendo es empobrecer vuestra sangre, consumiéndola dentro de vuestro estrecho círculo! Debéis uniros con mujeres de otras razas. Así, vuestros hijos serán fuertes. Y nadie debe casarse con su propia hermana. Eso no lo quiere el Señor.

—¿De qué señor nos hablas, extranjero? —preguntó Baak.

—Del que reina sobre todos los espíritus del Universo, tanto allá arriba, en las estrellas, como aquí, entre vuestros antepasados. Él fue quien guió mis pasos para traeros la luz que no quema. Yo haré, con su ayuda y la vuestra, que la noche sea como el día y que el terror desaparezca de vuestras mentes.

—Yo me opongo —dijo Baak—. No quiero que dirijas a mi tribu.

—¡La dirigirá de todos modos, Baak! —gritó Kania—. Mi esposo ha vuelto para eso. Y si es necesario, empleará la fuerza, como ha hecho Urs. ¿Por qué le habéis acatado a él, siendo un desterrado, un hermano infiel, que me propuso tu muerte?

»¿Por qué os habéis sometido todos, si no le correspondía mandar la tribu, y no queréis ahora acatar a Vande, que será padre de mis hijos?

—¿Por qué, Baak? —preguntó Kok fieramente—. Yo te lo diré… ¡Porque tuviste miedo! ¡Todos lo sabemos! ¡Y te refugiaste en el fondo de la gruta, lejos de todos, dejando que Urs ocupase tu puesto!

—Yo no podía luchar contra él. Vande me dejó lisiado.

—¡Porque Urs podía matarte, como mató a Xod! ¡Pero Vande también puede hacerlo! ¿O es que no te das cuenta de que tiene su arma en el cinto? ¿Es que no ves que ha derrotado a Urs, cosa que tú no has podido hacer?

»¡Vale más que te vayas al fondo de la cueva y mueras allí! El jefe que no ha sabido protegernos y protegerse él, no tiene derecho a gobernar la tribu… ¡Yo te repudio, Baak!

Los otros hijos de Ug también demostraron su desprecio hacia Baak, gritándole:

—¡Vete, Baak; vuelve a tu madriguera! ¡Vande es de nuestra tribu! ¡Nosotros le elegimos jefe!

* * *

Al día siguiente, Urs compareció ante Vande, con la cabeza baja. Un círculo de hombres se disponía a juzgarle.

Todos los hombres, excepto Vande, llevaban sus lanzas y venablos, como si la sentencia hubiera de ser de muerte para el reo, cosa a la que Vande no estaba dispuesto.

Y fue Kania la que habló primero.

—Urs nos siguió a Vande y a mí, esperando la ocasión para arrebatar el arma de fuego a mi esposo. Lo consiguió mientras nos bañábamos, en un inmenso río. Luego, su flecha hirió mi pecho, dejándome muerta. Vande y el espíritu de Ug me devolvieron a la vida, permitiéndome así volver con mi tribu para acusar a Urs de maldito. Pido que le condenéis, pero no quiero su muerte.

—¡Sí, sí, que muera! —gritaron Kok, Ong y los otros—, ¡El mató a Xod y nos obligó a obedecerle. ¡Nos arrebató nuestras mujeres!

—¡Silencio, por favor! —habló Vande, poniéndose en pie—. La muerte de un hombre no favorece a nadie. Y Urs nos puede ser más útil vivo que muerto.

Todos se volvieron a mirar a Vande, cuyas palabras sabían que eran prudentes y justas.

—¿Qué quieres hacer con él?

—Castigarle con una vida solitaria, pero entre nosotros. Así se dará cuenta del daño que ha hecho. Se le castigará a trabajar para los demás. Tendrá que hacerlo desde que sale el día hasta que se ponga. Y tendrá siempre hierros en los pies, para que no pueda huir.

Los ojos de los hombres se agrandaron ante aquella sorprendente explicación.

—¿Por qué eso, Vande? —quiso saber Kok.

—Os lo explicaré. Urs ha destruido el horno que teníamos para fabricar el hierro. Él ha roto las piedras de afilar y ha tratado de eliminar el trigo del sembrado. Todo cuanto yo hice, él lo deshizo por maldad. Pues bien, como todo aquello es necesario, él habrá de contribuir a repararlo. El será un condenado que trabajará por obligación. Será su condena; el trabajo. Nosotros trabajaremos, pero seremos libres. Tendremos hijos y mujer. Nos reuniremos para deliberar, elegiremos entre todos lo que más conviene a la tribu. El no podrá opinar, porque será un condenado.

—¿Es así como tratan a los hombres malos en tu mundo, Vande? —preguntó Ong.

—En mi mundo no existen condenados. Pero los hubo hace muchos ciclos. Y los trataban así. No se mata a nadie, porque todos los brazos

son necesarios.

—¿Y si no quiere trabajar? —preguntó otro.

—Hay muchos modos de obligarle. Os aseguro que el condenado trabajará. Y si pasado algún tiempo su conducta es buena, se le podrá perdonar; entonces volverá con los demás y olvidaremos todos el daño que hizo.

—¡Pero eso no devolverá la vida a Xod! —opuso Deer.

—No. Mas tampoco una vida mala vale lo que una vida buena.

—Extraña decisión —admitió Kok—, Pero no me parece mala. Pregunta a Urs si está de acuerdo con esa justicia.

Urs no dijo nada al ser preguntado. Parecía no existir.

—Te condenamos a trabajos forzados. Un hombre te vigilará siempre. Y si te niegas a obedecer, serás castigado con azotes. Kok, encárgate de él. Tú le vigilarás hoy. Cada día tendrá un vigilante distinto. Y quien le deje escapar, cumplirá el castigo a él impuesto.

Nadie osó discutir la sentencia. El consejo se disolvió, y Kok se llevó a Urs, para quien Vande debía construir una cadena que pondría en sus pies, una vez estuviese arreglado el horno de fundir hierro.

Por otra parte, Vande habló luego con una mujer «dewa», que no podía tener hijos, al parecer, y cuyo nombre era Brana.

—Escucha, Brana. Quiero que regreses con tu tribu.

—¿Por qué, Vande?

—Escúchame atentamente. Sé que has sido tratada bien y que nos quieres. Por esto te dejo libre. Deseo que hables con el jefe de tu tribu y le digas que me propongo reunir a todas las tribus de estos lugares, y conducirlas a un lugar maravilloso que elegiremos entre todos, donde vamos a formar un gran pueblo.

»Quiero que le digas que venga a verme, que no le haré daño. Tú conoces mi poder y mi magia. Yo puedo ir allá y paralizar a todos y obligarles a que me sigan. Ya lo sabes. Pero deseo que vengan ellos voluntariamente. Diles que la existencia que llevan en los pantanos no es buena.

»Diles que su tribu debe mezclarse con otras, que los hombres de una tribu han de elegir mujer entre miembros de otras tribus, porque eso es bueno para todos, en especial para los hijos, que nacen más fuertes.

»Les dices también que yo curaré sus enfermedades, les facilitaré alimentos, tanto en invierno como en verano, y les enseñaré todo cuanto a mí me enseñaron en mi mundo.

»Por último, le dirás que no quiero ningún daño para él ni para nadie, sino que deseo su bien, y que él seguirá gobernando siempre su tribu. Yo sólo le aconsejaré en lo que es más conveniente.

—Sí, Vande. Le diré todo eso a Xeok. Sé que tu intención es buena.

—De acuerdo, Brana. Toma alimentos para el viaje. Algunos hombres te acompañarán hasta las inmediaciones de tu poblado.

* * *

Pocos días después, Vande, al frente de una partida de doce hombres, se ponía en marcha para dirigirse al territorio de los «uks». Todos iban armados con lanzas y flechas, porque Urs destruyó las lanzas y las espadas de hierro, y hasta que estuviese arreglado el horno, no sería posible obtener nuevas armas metálicas.

El horno estaba siendo reconstruido, así como muchas otras cosas que Vande ordenó a Kok y Ong, ambos encargados de cuidar la tribu durante su ausencia, dado que Baak se había encerrado de nuevo en el fondo de la gruta y sólo salía de vez en cuando para pedir alimentos y agua.

Fue un largo viaje, de muchos días de marcha. Pero al fin, Vande y su séquito llegaron a donde se proponían.

Primero capturaron a un cazador «uks», al que Vande paralizó las piernas, para que no pudiera huir. Luego, Vande le habló en lengua «ug», la cual entendían los «uks» bastante bien, y le explicó lo que debía decir a su jefe, Ba-uk, acerca del motivo de su viaje.

El cazador, muy asustado, asintió a todo. Luego, cuando Vande le liberó, salió corriendo y desapareció en dirección de donde estaba su poblado.

Como Vande sospechaba, Ba-uk no hizo caso al mensajero y él mismo, al frente de dos millares de hombres, se puso en pie de guerra, dirigiéndose a donde los «ugs», para cercarlos y acabar con ellos.

Los «ugs» sentían cierto recelo, pues conocían la ferocidad de sus antiguos vecinos. Y uno dijo a Vande:

—Esos caníbales pueden atacarnos. No es de esperar que su jefe acepte abandonar sus tierras para venir con nosotros.

—Lo harán, Gak; no te preocupes. Sé lo que hago. Y si vienen en gran número, no os asustéis. Confiad en mí.

El número de los «uks» fue muy superior a lo que todos esperaban. Vande no se inmutó cuando los caníbales surgieron de la espesura, lanzando feroces gritos de guerra.

—Agachaos —fue lo único que dijo Vande a sus hombres.

Luego, con el puñal vibratorio en la mano, giró sobre sus talones, en un círculo completo, enviando hacia los feroces «uks» una descarga de vibraciones paralizantes.

Y todo aquel furioso ejército quedó convertido en algo así como un

círculo de estatuas de piedra. Sólo sus ojos podían ver y sus retrasadas mentes comprender que eran incapaces de moverse.

Vande avanzó entonces hacia la barrera de guerreros inmóviles y utilizando otro tipo de vibración, devolvió la movilidad a uno de ellos.

—Llévame hasta donde esté Ba-uk. Quiero hablar con él.

El «uk», asustado, se volvió.

—Ha quedado atrás, con sus hermanos mayores.

Efectivamente, a unos trescientos metros, Ba-uk y su corte de fuertes hombres cubiertos de pieles se encontraban en la misma postura que sus guerreros.

El guía señaló al cacique y Vande les devolvió la movilidad a todos, sólo de cintura para arriba, para enseguida dirigirse a Ba-uk.

—Escúchame, jefe de los «uks». No has querido hacerme caso y tus hombres están paralizados. Así estarán mientras yo quiera. Tú tampoco puedes mover los pies. En esa postura, las fieras de la selva podrían venir a devorarte. Yo he venido de otro mundo. Mi poder es inmenso y quiero unir a los pueblos de este planeta, enseñarles mi magia, darles alimentos y casas adecuadas, sacarles del estado salvaje en que viven y regresar algún día a mi mundo dejando amigos detrás de mí. Eso quiero y eso deseo que hagáis tú y los tuyos.

Ba-uk estaba demasiado asustado para negarse. En aquel momento, ante el impresionante hombre rubio, lo hubiese dado todo.

—Sí... Sí... Haré lo que tú digas, Gran Mago.

—Entonces, te devolveré el movimiento. Y a tus hombres también. Pero diles que, si intentan atacarnos, sus flechas se volverán contra ellos y les matarán. ¿Me has comprendido bien?

—Sí, sí. Haremos lo que tú digas.

—Recogeréis vuestros enseres y nos seguiréis. Ahora, da esas órdenes y luego hablaremos tú y yo largamente. Quiero que me conozcas bien. No deseo ningún daño para tu tribu, sino todo lo contrario. Pretendo que los «ugs» y los «uks» sean hermanos.

—Los «ugs» fueron hermanos nuestros hace mucho tiempo —dijo Ba-uk.

—Así debió ser. Pero luego la tribu se separó.

—Sí, eso ocurrió. Pero mientras ellos eran fuertes, nosotros teníamos que huir. Luego, fuimos nosotros más fuertes, y ellos huyeron de nosotros. Yo mismo maté a Ug.

—Será mejor que olvides eso para siempre. Y también prohibirás el canibalismo. Jamás volveréis a comer carne humana.

Ba-uk frunció el ceño, pero no discutió. Estaba demasiado asustado para contrariar al dios del cabello rubio.

El cacique impartió sus órdenes y la tribu entera regresó al

poblado, para prepararse a emprender la marcha.

—¿Y dices que nos facilitarás comida, Vande? —preguntó Ba-uk después.

—Sí. Y fuego, y os enseñaré muchas cosas que ignoráis. He venido en vuestra ayuda, no a eliminaros.

EPÍLOGO

El gran pueblo que Vande hizo construir llevaba el nombre de Abathu, lo que quería decir Nueva Bathu, y albergó pronto a más de doscientas mil almas.

El mismo trazó el centro y las calles. La gran plaza central tenía la misma forma que la cruz de Bathu, o sea una estrella cruzada. Pero las calles, amplias avenidas enlosadas, también formaban una enorme estrella cruzada.

El objetivo de aquella distribución era claro: cualquier nave voladora que descubriese la población, si procedía de Bathu, comprendería inmediatamente que allí había alguien de los suyos, porque el símbolo era perfectamente visible desde considerable altura.

¿Cómo fue construida la ciudad?

Aquello fue un auténtico alarde de ingeniería urbanística, donde Vande recurrió a todos los estudios adquiridos en la isla de Sudra, durante su infancia. Un «bathano» era geómetra. Además, conocía ingeniería, arquitectura y albañilería.

Por ello, lo primero que hizo fue recorrer el país, hasta encontrar el lugar adecuado para levantar su ciudad. Y eligió un terreno idóneo entre dos importantes ríos, sobre una meseta protegida de los vientos del norte por una cordillera de montañas.

El mar tampoco quedaba lejos. Pero no quiso construirla junto al mar, porque esperaba que la población creciera con el tiempo y no debían tener límite hacia ningún punto.

El terreno elegido tenía más de cien kilómetros de anchura por otros tantos de largo. Era difícil, pues, que el crecimiento pudiera ocuparlo todo, ya que Vande sabía que en Bathu no existió jamás una población tan extensa.

Una vez elegido el terreno, Vande trasladó allí a toda su enorme tribu, compuesta por «uks», «dewas», «arnios», «ugs», «aitones» y «denos». En total reunió a su alrededor a más de ciento setenta mil personas, a las que alimentaba diariamente tres veces, por medio de una organización perfecta de administración que creó.

Un grupo de hombres se cuidaba de la caza. Otro trabajaba en los cimientos y alcantarillado de lo que sería la población. Otro fabricaba ladrillos y materiales para construir casas. Formó equipos de herreros,

plomeros, carpinteros.

Los talleres se alzaban por doquier, bajo enormes techos.

Todos aquellos hombres trabajaban de sol a sol, voluntariamente. A cada uno se le había asignado un espacio para su vivienda, donde podría tener su familia en el futuro. Y Vande no engañó a nadie, cuando había transmitido su deseo a los caciques:

—Quiero un gran pueblo, grande, higiénico, con flores y jardines, donde nuestros hijos no correrán peligro, porque hasta nosotros no llegarán las fieras.

»Todos hemos de contribuir con nuestros esfuerzo. No sabéis trabajar, pero yo os enseñaré. Y cuando tengamos techo para todos, seguiremos trabajando en las fábricas, produciendo una industria que será la envidia del futuro.

»Sin mi ayuda, habrían de transcurrir miles de años para que vosotros consiguieseis lo que ahora vamos a tener. Y eso, que vosotros llamáis mi magia, es mi ciencia.

»Aquí tendremos un lenguaje común para todos. Aquí se educarán vuestros hijos y todos seremos hermanos. Pero si surgen diferencias, la justicia que haremos será para todos igual.

»No quiero que los hombres de una tribu se casen con mujeres de la misma tribu. Eso quedará terminantemente prohibido. Ni que un hombre tenga más de una mujer. Cada matrimonio puede tener todos los hijos que quiera. El Consejo de Gobierno facilitará siempre la alimentación y la ropa para todos.

»Se descansará un día cada semana; ese día todos nos reuniremos para alabar a Dios, nuestro Creador, y el resto del tiempo será para la comunidad. Levantaremos hospitales, casas para ancianos, escuelas para los niños, parques de recreo y edificios públicos, que serán propiedad de todos.

»Se nombrarán jefes, oficiales, subjefes y suboficiales, de acuerdo con la capacidad de cada uno, y periódicamente, se revisarán los puestos de trabajo, para cambiar a todo el que no esté capacitado para un oficio y sí lo esté para otro.

Vande había dado muchos consejos, dictado muchas leyes, y hasta tuvo que condenar a muchos «uks», por sus continuas prácticas de canibalismo.

Fue preciso incluso llegar al extremo de tener que poner en la picota a diez hombres, para que sirvieran de escarmiento a sus compañeros de tribu. Después de muchos días sin comer ni beber, los reos prometieron no reincidir.

—Si volvéis a matar a alguien, seréis muertos —les amenazó Vande.

Pero, pese a todo, la ciudad fue creciendo lentamente. Eran muchas las manos que colaboraban en la gran obra. Las industrias empezaron a funcionar también, y de los bosques llegaban fuertes «cov» machos arrastrando enormes troncos, que las sierras, primero movidas por el hombre y luego por procedimientos mecánicos, cortaban y convertían en grandes montañas de madera.

Los herreros y luego los especialistas en los trabajos de hierro, siguieron los planos que Vande les hizo, construyeron máquinas portentosas, que iban desde grúas para levantar grandes pesos a plataformas con ruedas, para el transporte de los grandes bloques de piedra y pesadas vigas.

También se construyeron fábricas de cemento, de papel, de vidrio, de muebles, ¡y hasta el primer motor que funcionaba con carbón!

En un año, Vande logró hacer lo increíble: construir una gran dinamo para dar luz a la gran plaza central. Y la luz eléctrica se mantuvo desde entonces por la noche, alumbrando la obra del hombre en un mundo que no había salido aún de su Prehistoria.

Al principio, Vande dibujaba sobre losas de barro; luego, trazó sus mapas, planos y diseños sobre hojas de papiro, pero con el tiempo utilizó el papel de plástico.

Todo aquel prodigio fue debido a la inmensa riqueza del suelo. Los obreros de Abathu iban lejos en sus carros, para traer materiales que Vande había señalado. Los altos hornos fueron cada vez más grandes, y los lingotes de hierro llegaron a ser laminados con fuertes rodillos giratorios.

Fabricaron tornos, ruedas, lisas y dentadas, trabajaron el caucho, fundieron el cobre, etc.

Construyeron turbinas para obtener electricidad y, con el tiempo, llegaron a tener incluso una central de energía atómica.

En veinte años, Vande convirtió aquel lugar en una hermosa población, amplia, moderna, donde cada familia tenía, incluso, un pequeño automóvil eléctrico.

Abolió definitivamente el canibalismo. Enseñó a leer y escribir, en lengua bathu, a todos los hijos de la población, entre los que estaban sus propios hijos, Herms, Danlk, Ermar y Vrim, dos hermosos muchachos rubios y dos chiquillas morenas, muy parecidas a Kania.

Vande fue envejeciendo a medida que Abathu crecía.

* * *

Un día, el teléfono de la mesa de trabajo del anciano Vande repiqueteó insistentemente. Parecía una llamada apremiante, de suma

importancia.

Vande descolgó el auricular y dijo:

—Sí, aquí Vande. ¿Qué ocurre?

—¡Ven pronto a la entrada sur, Vande! —gritó la voz del cacique «dewa» Xeok.

—¿Para qué?

—¡Han llegado los hombres rubios del cielo! ¡Un objeto brillante se ha posado en los sembrados! ¡Hablan tu lengua y quieren ver al jefe de Abathu!

—¡Al fin! —exclamó Vande, poniéndose en pie con dificultad.

Logró reunir sus agotadas fuerzas y corrió fuera de su despacho.

Allí estaban trabajando sus hijos Dalk y Vrim, con un grupo de ayudantes técnicos y jefes superiores.

—¡Han venido! ¡Han venido! —gritó Vande.

Vrim, una preciosa muchacha de veintiséis años, que pronto iba a contraer matrimonio, se acercó a su padre.

—¿Quién ha venido, padre?

—¡Mis hermanos de Bathu! ¡Me lo ha dicho Xeok, el «dewa», por teléfono! ¡Están en la entrada sur!

Fue Dalk, el hijo mayor de Vande, de treinta años, quien salió corriendo y descendió la explanada, delante del palacio central, para poner en marcha el vehículo eléctrico de su padre.

Pocos instantes después, el coche, conducido por Dalk, volaba hacia la entrada sur de la población, sorteando el intenso tráfico de vehículos.

En el extremo de la gran avenida del Cielo, se estaba congregando una gran multitud. Pero el coche de Vande era de sobra conocido y todo el mundo le cedió respetuosamente paso.

Al fin, Vande vio la nave espacial, plateada, brillante bajo la luz del sol. Un enorme gentío se agolpaba a su alrededor, tratando de acercarse. Pero las fuerzas de seguridad habían llegado ya, y formaban un rígido cordón en torno suyo.

El griterío era inmenso. Todos los habitantes de la ciudad conocían la historia de Vande y su origen. Aquél era el fin de muchos años de larga espera.

Vande descendió de su coche cerca de donde se encontraban ya varios consejeros hablando con dos hombres vestidos con los blancos trajes de vacío de los astronautas «bathus».

Los dos individuos eran jóvenes, como lo había sido Vande cuando salió a realizar su primer vuelo espacial. Ambos sonreían al acercarse a Vande, con las manos extendidas.

—Soy el «Dek» Bram. Este es mi compañero el «Obdek» Muik —

dijo uno de ellos.

—Yo soy el «Dek» Vande.

—¡Es maravilloso, señor! ¡Increíble! Cuando estos hombres nos han dicho su nombre, nos hemos quedado asombrados. En Kref, hay un monumento a todos los astronautas caídos en misión de servicio. Usted se encuentra entre ellos.

Emocionado, Vande repuso:

—Lo comprendo. ¿Qué ocurrió con nuestra expedición?

—Regresó a Kref sin haber logrado la exploración de este sistema. Las naves «Fei» fracasaron.

—Ya veo que ustedes han llegado en una nave mucho mejor.

—Sí, se han superado las dificultades… ¡Cuántos ciclos, señor!

—Cuarenta y dos, «Dek» Bram.

—¿Y en ese tiempo ha creado usted esta población?

—Sí.

—Hemos comunicado la noticia a la nave nodriza. Esperamos que el «Mardek» Suan decida aterrizar para venir a saludarle.

—Será un placer invitarle a mi casa, «Dek» Bram. Pero no nos quedemos aquí. Vengan conmigo. Tengo tantas preguntas que hacerles…

—Y nosotros, señor —añadió el «Obdek» Muik—. Hemos reconocido este planeta, encontrándolo en estado primitivo por todas partes. Íbamos a retirarnos ya, cumplida nuestra misión, después de haber reunido muestras de minerales y algunos animales inferiores, cuando descubrimos el signo de Bathu.

—Imagine nuestra emoción —siguió diciendo Bram—. No podíamos creerlo. Forzosamente, tenía que ser alguien llegado de Bathu quien lo hiciera. Por eso hemos tomado tierra rápidamente, tras haber comunicado la noticia. La nave principal ya estará en camino hacia la Tierra.

Vande condujo a los visitantes a su palacio, donde los presentó a Kania, la cual, al tener noticias de la llegada de los visitantes del cielo, se había vestido sus mejores ropas.

Kania tenía ya cincuenta años, pero conservaba restos inconfundibles de su antigua y singular belleza.

Bram y Muik la saludaron con respeto, llamándola «madre».

—Efectivamente, Kania es la madre de Abathu —dijo Vande—. De no haber sido por ella, esta ciudad no existiría.

Los visitantes se asombraron de todo cuanto veían.

—Días atrás estuvimos observando los movimientos de espanto de una tribu troglodita, lejos de aquí. Nuestra presencia debió asustarles, porque se ocultaron entre la maleza. Incluso llegaron a lanzarnos

flechas. Eran seres muy primitivos.

—Cómo éramos nosotros, antes de llegar Vande —dijo Kania, expresándose perfectamente en lengua «bathu»—. Pero todo lo que tenemos aquí se lo debemos a él.

—No he hecho más que imponer nuestra civilización en esta parte de la Tierra —dijo Vande—. Precisamente, mis hijos y yo estamos estudiando ahora un proyecto para agrupar a muchas tribus más en poblaciones como ésta. Dentro de poco, efectuaremos las primeras pruebas de un avión a reacción.

—¿Y cómo lo han logrado? —preguntó Bram.

—Fui un alumno aplicado en Sudra —dijo Vande, sonriendo.

—Sudra es ahora ciudad-museo —declaró Muik.

—¡Cómo me gustaría volver allí!

Los dos astronautas «bathus» se miraron.

—Creo que tendrá usted que volver, señor.

—¿Volver? —exclamó Vande—. ¡Oh, sí, me gustaría mucho! Pero hay tanto trabajo aquí.

—Tu trabajo ha terminado, Vande —dijo Kania seriamente—. Ahora, vas a conseguir la mayor ambición de tu vida. No hace falta que construyas una nave espacial. Tus hermanos de raza han venido a buscarte.

—No... Ya es demasiado tarde, Kania... Ahora debo seguir trabajando por Abathu y por las nuevas ciudades de la Tierra. Uno no pertenece al lugar donde ha nacido, sino a donde ha vivido siempre.

—Me temo, señor, que será necesario volver a Bathu —dijo Bram.

—No resistiría el viaje. Son muchos años.

—No. Nosotros hemos realizado el «salto» en ocho semanas —explicó Bram—. La supernave «Sudran» está accionada por interacción fotónica. Es superlumínica. Además, el «Mardek» le llevará a usted a Bathu.

—¿Podrá venir Kania conmigo? —preguntó Vande.

—Desde luego, señor. Y será necesario que nos acompañen hombres, mujeres y niños. Habrá de estudiarse su labor aquí y cómo ocurrió el accidente que le impidió volver. Necesitará usted testigos para «revivirle».

—¡Ah sí! De acuerdo con nuestras leyes, el «Dek» Vande está muerto en acto de servicio —Vande sonrió—. Y vivo. No soy una quimera.

Vande se volvió a sus cuatro hijos.

—Vosotros sois terrestres, hijos míos. Habéis nacido aquí, en este mundo. ¿Podréis continuar la labor sin mí?

—Desde luego que sí, padre. Sabemos lo mucho que has anhelado

siempre volver a Bathu. Aprovecha esta ocasión. Tus compatriotas te llevarán. Y madre puede ir contigo.

—Sí… sí… ¡Volverá Bathu!

El «Dek» Bram y el «Obdek» Muik fueron agasajados espléndidamente. Les fue mostrada toda la población y hasta les acompañaron a una cacería «antigua», donde los hombres se vistieron con pieles y se armaron de lanzas con punta de piedra, para acabar con el fiero «mutz».

Este espectáculo les entusiasmó mucho más que los prodigios realizados por Vande en Abathu, a los que estaban acostumbrados. Sin embargo, cuando visitaron el antiguo poblado «ug», comprendieron que el milagro era portentoso.

Lo que había realizado Vande era algo sobrehumano.

Después, la gran nave nodriza, la «Sudran», apareció un día sobre el cielo terrestre. En una nave auxiliar descendieron el «Mardek» o jefe supremo, y dos altos jefes.

Vande y su Consejo, con atuendos de gala, salieron a recibirlos. Fue el «Dek» Bram quien hizo las presentaciones.

—El «Dek» Vande… El «Mardek» Stic.

El «Mardek» Stic abrazó efusivamente a Vande, diciendo, con palabras llenas de emoción.

—«Dek» Vande, la alegría que siento en estos momentos sólo es comparable con la alegría de toda la raza «bathu», a quien le ha sido comunicado vuestro hallazgo y labor. El Gran Consejo os ruega que volváis allí, con nosotros, para recibir el homenaje que os merecéis… Yo no encuentro palabras para expresaros mi enorme regocijo.

Efectivamente, el «Mardek» Stic estaba visiblemente emocionado y las lágrimas afluían a sus ojos.

—Gracias, señor. No merezco este homenaje. Después de todo, he cumplido con mi deber de hombre del Universo.

—¡Viva nuestro Gran Mago! —gritó una voz entre la muchedumbre.

Y un coro estrepitoso se alzó por todas partes, repitiendo el grito de entusiasmo.

—Os quieren, señor Vande —observó un alto jefe.

—Sí. Yo los saqué de la oscuridad y los traje a la luz. Les he enseñado la verdad de Dios y la verdad de la ciencia. Esta raza puede seguir sin mí durante siglos. No creo que vuelvan a caer en la oscuridad.

Kania se abrazó a su esposo y le besó, llorando de emoción.

(El relato que aquí termina ocurrió en la Tierra, hace algunos

millones de años. Desde entonces, han habitado este planeta distintas civilizaciones. ¿Hasta cuándo?)

F I N

Próximo título:

LA GRAN CENTRAL
Por
MARCUS SIDÉREO

En La Gran Central había dos categorías: los Privilegiados y los Esclavos.

Y cuando uno de los jóvenes Privilegiados se le ocurrió que aquello no estaba bien, otros Privilegiados dijeron:

—¡Ha firmado su sentencia de muerte!